

**SOBRE LA RETÓRICA EN ARISTÓTELES: ENTRE EL ARTE DE LA DIALÉCTICA Y
EL SABER PRÁCTICO DE LA POLÍTICA**

**MONOGRAFÍA PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE FILÓSOFO:
CAMILO ANDRÉS ARDILA ARÉVALO
CÓDIGO: 56111010**

**DIRECTOR DE MONOGRAFÍA:
PROFESOR EDUARDO GEOVO ALMANZA**

**UNIVERSIDAD LIBRE
SECCIONAL BOGOTÁ
FACULTAD DE FILOSOFÍA
2017**

DEDICATORIA

A las tres mujeres cuyo amor incondicional ha sido imprescindible

AGRADECIMIENTOS

Agradezco sobremanera al profesor Eduardo Geovo por su inagotable paciencia con relación al asesoramiento de este trabajo monográfico. Sus comentarios y aportes, así como las sugerencias de los miembros del semillero de investigación en filosofía antigua que él dirige en la Universidad Libre, resultaron profundamente esclarecedores.

“The longer one listened to him, the more obvious it became that his inability to speak was closely connected to his inability to *think*, namely, to think from the standpoint of somebody else.” Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
Problema de investigación e hipótesis.....	8
Justificación.....	9
Objetivo general y objetivos específicos.....	10
Metodología.....	11
1. EL LUGAR DE LA <i>RETÓRICA</i> EN ARISTÓTELES	12
1.1. La distinción entre razonamientos apodícticos y razonamientos dialécticos.....	15
1.1.1. Razonamientos apodícticos o demostrativos.....	17
1.1.2. Razonamientos dialécticos o no demostrativos.....	19
1.2. Las artes de la dialéctica y la retórica analizan razonamientos no apodícticos.....	21
1.2.1. ¿Es realmente la retórica algo más que una forma de dialéctica?.....	22
1.3. Resumen.....	24
2. ARISTÓTELES: UNA DEFENSA DEL ARTE DE LA <i>RETÓRICA</i>	25
2.1. La retórica no persigue el verdadero conocimiento de las cosas.....	26
2.2.1 La retórica se dirige al análisis del razonamiento práctico.....	28
2.2. La retórica puede constituir un instrumento de manipulación e injusticia.....	31
2.2.1. El estudio de la retórica forma el criterio para la vida práctica.....	33
2.3. Resumen.....	35
3. SOBRE EL CONCEPTO DE <i>RETÓRICA</i> EN ARISTÓTELES	37
3.1. Características generales la retórica aristotélica.....	38
3.1.1. La retórica constituye un arte.....	38
3.1.2. La retórica concierne a las opiniones plausibles.....	40
3.1.3. La retórica es una capacidad común a todo ser humano.....	42
3.2. Características específicas de la retórica aristotélica.....	44
3.2.1. La retórica se ocupa solamente de ciertos asuntos susceptibles de deliberación.....	44
3.2.2. La retórica involucra las pasiones del auditorio y el carácter del orador.....	47
3.2.3. La retórica concierne al uso público y colectivo del lenguaje.....	50
3.3. Sobre la dimensión política que adquiere la retórica aristotélica.....	51
3.4. Resumen.....	55
CONCLUSIONES	57
BIBLIOGRAFÍA	60

INTRODUCCIÓN

Una de las principales claves interpretativas de la historia del conocimiento humano radica en la distinción entre el saber aparente y el verdadero conocimiento de las cosas. Esta distinción parece evidenciarse con mayor elocuencia a través de la presunta oposición entre retórica y filosofía. Mientras que los filósofos persiguen desinteresadamente el verdadero conocimiento, los oradores parecen no tener interés alguno por la verdad y conformarse únicamente con obtener la persuasión de quien los escucha (Perelman, 1997, p. 55). En este sentido, el estudio del discurso retórico ha sido considerado un asunto generalmente ajeno a la tradición filosófica. Lo anterior, entre otras cosas, puesto que la ambición de la filosofía ha consistido principalmente, como bien lo señala Guthrie a propósito los primeros filósofos griegos (1962, pp. 37-38), en comprender el verdadero orden que se esconde detrás del caos de las apariencias.

En virtud del presunto interés de los oradores por obtener la persuasión de sus interlocutores a cualquier precio, la retórica ha sido considerada, además, como una actividad particularmente peligrosa para el desenvolvimiento de los asuntos prácticos, ya que puede ser usada para manipular a las personas por medio de la exaltación de los más bajos instintos y pasiones. De hecho, innumerables ejemplos parecen evidenciar cómo las personas pueden ser efectivamente instrumentalizadas por los hábiles oradores que se aprovechan de sus más básicas pasiones y prejuicios. Este tipo de oradores que se valen del poder de la palabra para manipular a las personas se han denominado tradicionalmente demagogos (Finley, 1962, pp. 5 - 6). Presentada de esta forma, la retórica no solamente se torna antagónica a las más altas aspiraciones epistemológicas de la filosofía, sino que también resulta ser una práctica nociva para el adecuado desarrollo de los asuntos de la vida práctica.

Sin embargo, Aristóteles ha formulado una línea de pensamiento distinta que reivindica el valor de la retórica para el adecuado desenvolvimiento de la vida práctica. Dadas estas circunstancias, la retórica ha sido definida por Aristóteles como la “(...) facultad de teorizar lo que es adecuado en cada caso para convencer (...)” (*Ret.*, 1355b 25 - 26), esto es, como la capacidad *-dúnamis-* de discernir lo persuasivo *-tò pithanón-*, a propósito de cada situación (Rapp, 2009, p. 579). Por consiguiente, la retórica constituye una teoría sobre las razones que dan lugar al éxito o fracaso en el uso de los mecanismos de persuasión. En este sentido, si bien la retórica se dirige a obtener la persuasión del auditorio, lo cierto es que, al igual que otras formas de razonamiento distintas a la demostración científica, su estudio permite analizar teóricamente los razonamientos humanos respecto de un gran número de asuntos que no son susceptibles de ser decididos bajo los parámetros de lo verdadero e indiscutible, sino sobre la base de las opiniones meramente plausibles que pueden ser objeto de controversia. En este orden de ideas, el arte de la retórica “(...) se desarrolla en los ámbitos de la actividad humana que requieren discusión, negociación, intercambio, [mejor dicho,] en las antípodas de las verdades reveladas y del pensamiento único” (Pernot, 2013, p. 41).

Problema de investigación e hipótesis

Ahora bien, la retórica ha sido presentada por Aristóteles en estrecha relación con los razonamientos dialécticos, de modo tal que resulta evidente el vínculo que existe entre la dialéctica y la retórica, como dos formas de aproximarse teóricamente a la racionalidad no demostrativa. Con el fin de expresar esta situación, el Estagirita se refirió a la retórica como un arte que conserva una suerte de relación analógica *-antístrophos-* con la dialéctica (*Ret.*, 1354a1). Con todo, esta definición no permite dar cuenta precisa del alcance de la propuesta de Aristóteles en torno a la teoría de lo persuasivo. Por consiguiente, resulta fundamental indagar por el alcance exacto del

concepto de retórica al interior de la obra de Aristóteles, de forma tal que resulte claro en qué sentido la retórica constituye una aproximación al razonamiento humano que es diferente a la dialéctica, aunque estrechamente relacionada con ésta.

Así las cosas, sostendré la hipótesis de que la retórica es definida como semejante a la dialéctica, toda vez que el discurso retórico constituye un arte cuyo principal objeto de estudio son las opiniones meramente plausibles concernientes a la actividad humana de la persuasión. No obstante, los medios de persuasión que analiza la retórica no se limitan exclusivamente al uso de la razón *–lógos–*, sino que abarcan también elementos no estrictamente discursivos que influyen en el desarrollo de la actividad persuasiva, como las pasiones del auditorio y el carácter del orador. Así mismo, la retórica se diferenciaría de la dialéctica, habida cuenta de que la primera estaría concebida para efectos exclusivamente prácticos, esto es, en relación con los asuntos que son susceptibles de deliberación por parte de los seres humanos. Por último, la retórica estaría circunscrita al ámbito de la deliberación que tiene lugar con ocasión del uso público y colectivo del lenguaje, mejor dicho, en contraposición a la dialéctica especulativa cuya ocurrencia se relaciona principalmente con el ejercicio privado y conversacional del lenguaje. Consecuentemente, la noción de retórica defendida por Aristóteles supone un notorio viraje respecto de la idea que ha asumido buena parte de la tradición filosófica (Pernot, 2013, p. 96). Más aún, de acuerdo a esta perspectiva aristotélica, el estudio de la retórica se erige como una teoría que no solamente se relaciona con los parámetros del razonamiento no demostrativo, sino que también se entrelaza explícitamente con aquellos asuntos que atañen al saber práctico de la política.

Justificación

En estas condiciones, responder al problema planteado se justifica por tres razones: de un lado, en consideración a que, como bien lo señalan los comentarios de Kennedy (2007, p. 28) y

Gasché (2010, pp. 32-33) a la *Retórica* de Aristóteles, éste expone claramente las semejanzas que existen entre dialéctica y retórica, pero no es del todo explícito en cuanto a sus diferencias y al ámbito práctico de que trata el análisis de la racionalidad retórica; de otro lado, en atención a la necesidad de justificar un trato conceptual independiente de la retórica, debido a que influyentes autores contemporáneos, entre ellos Perelman (1989; 1997), parecen subestimar las diferencias entre ambas artes, toda vez que reducen la retórica aristotélica a una simple expresión de la dialéctica cuyo objetivo son los auditorios plurales; finalmente, se justifica el problema en cuestión, dada la importancia de establecer el rol que cumple la retórica aristotélica para alimentar la reflexión respecto de ámbitos de la vida práctica como la política y la deliberación pública. Todo lo anterior permitirá, en el contexto del pensamiento aristotélico, soslayar la idea general de que el estudio de la retórica sólo le es útil al orador para el adorno externo del discurso y la manipulación de las personas, de tal suerte que resulte sostenible una idea de retórica que, por una parte, sugiera la necesidad de un estudio independiente de la teoría sobre lo persuasivo y que, por otra parte, resalte la función de la retórica para el análisis de aspectos de la vida práctica no susceptibles de demostración científica.

Objetivo general y objetivos específicos

El objetivo general de la investigación será establecer cuál es el alcance de la definición de retórica en relación con la dialéctica al interior de la *Retórica* de Aristóteles. En este orden de ideas, se llevarán a cabo las siguientes tareas u objetivos específicos: primero, determinar cuál es el lugar de la retórica en el pensamiento de Aristóteles; segundo, discutir en qué sentido la versión aristotélica de la retórica supone un contraste respecto de la idea presentada por la tradición filosófica; tercero, establecer las principales coincidencias que existen entre la dialéctica y la

retórica, así como las razones por las que esta última se diferencia del arte dialéctico al entrelazarse también con el estudio del saber práctico relativo a la política.

Metodología

De acuerdo a todo lo anterior, las fuentes que emplearé son de orden estrictamente documental, especialmente el libro I de la *Retórica* de Aristóteles e intérpretes de éste, así como textos secundarios que sirven de apoyo interpretativo. Igualmente, el método que emplearé será el análisis conceptual, por cuanto pretenderé derivar de las fuentes de información disponibles los resultados de la investigación, de forma tal que no adicionaré elementos nuevos de juicio para responder a la pregunta planteada, sino que haré uso de la información preexistente para tal fin. Ahora bien, no abordaré el sinnúmero de discusiones que pueden surgir en atención a la operación concreta del discurso retórico, v. g., el uso correcto de las metáforas por parte de los oradores, la construcción de entimemas o ejemplos persuasivos o el análisis de la credibilidad del orador. Por el contrario, abordaré las discusiones más abstractas en torno a la delimitación conceptual, el estatus epistemológico y la utilidad de la retórica aristotélica. En otras palabras, mi discusión se dará en los términos de lo que Pernot (2013, p. 21) denomina la teoría del discurso retórico, en contraposición a la teoría de la elocuencia que se circunscribe a los parámetros para la ejecución exitosa del discurso persuasivo.

1. EL LUGAR DE LA *RETÓRICA* EN ARISTÓTELES

Alrededor del término retórica todavía se conservan los reparos que frente a ésta ha sugerido buena parte de la tradición filosófica. Lo anterior, en virtud de la presunta oposición entre el verdadero conocimiento que es propio del filósofo y la simple persuasión que es labor del orador (Perelman, 1997, p. 55). Este concepto negativo de la retórica parece estar fundado básicamente en dos razones: en primer lugar, la idea de que la retórica se conforma con la mera persuasión del interlocutor parece llevar a la conclusión de que el arte de lo persuasivo carece de valor teórico; en segundo lugar, el hecho de que la retórica pueda ser usada para manipular las emociones de las personas hace que el discurso retórico sea visto con desconfianza, por cuanto parece inclinarse fácilmente hacia el uso viciado e injusto de la palabra. Esta situación ha dado lugar a que el estudio de los temas concernientes a la racionalidad retórica haya estado más relacionado con la historia de la retórica que con la historia de la filosofía (Rapp, 2010).

Sin embargo, Aristóteles propone una visión alternativa de la retórica que, en cierto modo, resalta su análisis como un asunto de especial utilidad para la vida práctica que puede ser estudiado teóricamente. En este contexto, Aristóteles incluso dedicó uno de sus tratados al estudio detallado del arte de la retórica,¹ haciendo énfasis en su importancia para la vida práctica. Consecuentemente, el tratado aristotélico expone una perspectiva diferente del ejercicio de la retórica que reflexiona sobre ésta como un objeto de estudio teórico en relación con la razón humana y la vida práctica, de

¹ Sin embargo, diferentes intérpretes de Aristóteles, entre ellos Guthrie (1981, p. 66), Jeager (1946, p. 41), Pernot (2013, p. 68) y Berti (2008, p. 167), defienden la posibilidad de que Aristóteles haya tratado el tema de la retórica desde un punto de vista más cercano a la tradición filosófica de la Academia en uno de sus diálogos de juventud no conservados.

forma tal que con ello amplía las perspectivas precedentes que restringieron el discurso retórico al campo de manipulación de las pasiones humanas (Gasché, 2010, pp. 28 - 29).

Así las cosas, en torno al lugar de la *Retórica* al interior de la obra aristotélica se han tejido varias posturas divergentes entre sí. No obstante, resulta posible reducirlas a dos grandes vertientes (Gasché, 2010, pp. 17 - 23). De un lado, cierto sector de aquellos que han leído a Aristóteles considera a la *Retórica* como un estudio poco relevante dentro de la obra del Estagirita, de modo que este tratado constituiría simplemente un manual práctico para el uso del orador griego cuya autoría pudo haber sido atribuida erróneamente a Aristóteles. Desde esta perspectiva, por tanto, la *Retórica* constituye un escrito literario, dirigido a aquellos que se valen de las debilidades del corazón humano, cuya temática abordaría de manera meramente incidental algunos asuntos políticos, éticos y lógicos (Ross, 1995, pp. 289-290). De otro lado, otros comentaristas de Aristóteles consideran que la *Retórica* hace parte sobresaliente de la obra completa del Estagirita, de manera que un panorama general del pensamiento de éste exigiría también una revisión detenida de la *Retórica*, puesto que este tratado "(...) presenta numerosos puntos de contacto con el resto de la obra de Aristóteles, sobre todo con la *Poética*, los *Tópicos*, las *Refutaciones sofísticas*, la *Política* y la *Ética*" (Pernot, 2013, p. 68). Desde este punto de vista, la retórica aristotélica estaría especialmente entrelazada con el abordaje teórico de asuntos prácticos, *i. e.*, problemas éticos y políticos de la vida humana (Johnstone, 1980, p. 1). En consecuencia, como bien lo señala Kennedy (2007, p. 311), esta última perspectiva ha impulsado el resurgimiento del estudio general de la *Retórica* en relación con diversos campos del conocimiento humano durante el siglo XX y lo que va del siglo XXI.

En este sentido, detrás de cada una de estas dos grandes corrientes interpretativas subyace una forma de entender el discurso retórico en general. Aquellos que asimilan la *Retórica* aristotélica

a un manual práctico para los oradores relacionan el estudio de dicha actividad únicamente con la elucidación de las herramientas para manipular o complacer a los auditorios. Por el contrario, aquellos que reivindican a la *Retórica*, destacándola como un elemento indispensable al interior del pensamiento aristotélico, consideran el estudio del discurso retórico como un tema fundamentalmente relacionado con el empleo de la razón humana, aun cuando no desconocen el uso que la retórica hace de elementos no racionales, como las pasiones humanas *-páthos-* y el carácter de los oradores *-êthos-*. Dicho en otros términos, el panorama general acerca del lugar de la *Retórica* al interior de la obra de Aristóteles depende en gran medida de si se piensa dicha práctica como un asunto exclusivamente dirigido a la manipulación de las emociones o como un problema principalmente relacionado con el *lógos* o discurso racional (Vega Reñón, 2012, p. 2).

Pese a que tradicionalmente la única forma de racionalidad atribuida a Aristóteles ha sido la lógica silogístico-deductiva de tipo científico (Berti, 2008, p. 16), diversas áreas de las humanidades han venido involucrándose paulatinamente con el estudio de la retórica aristotélica a propósito de su relación con el razonamiento humano. En este orden de ideas, aunque buena parte de la tradición filosófica parece haber menospreciado el rol de la *Retórica* al interior de la obra de Aristóteles, suponiendo que este arte se restringe al adorno externo del discurso *-elocutio-* (Perelman, 1997, pp. 15 - 18), una porción nada despreciable de los lectores contemporáneos de Aristóteles rescatan el papel articulado de la *Retórica* respecto de la obra del Estagirita y el carácter razonable del arte relativo al análisis de los medios de persuasión. De ahí que esta vertiente interpretativa resalte la conspicua función que el discurso retórico tiene para la vida práctica, especialmente en los asuntos éticos y políticos (Rorty, 2011, p. 715). Por ende, la *Retórica* de Aristóteles puede ser considerada actualmente un estudio ligado a la pregunta por una forma de razonamiento, diferente a la lógica silogístico-deductiva de tipo científico, cuyo rol en la vida práctica parece innegable.

Una vez sustentada la tesis de que la *Retórica* no se limita, por lo menos desde una interpretación contemporánea de la obra de Aristóteles, al estudio aislado del adorno externo del discurso, resulta indispensable determinar en qué sentido se enlaza este tratado con el resto de la obra aristotélica. Así pues, la relación más inmediata a cualquier acercamiento al estudio de los medios de persuasión corresponde al presunto vínculo de esta teoría del discurso con los *Tratados de lógica* de Aristóteles. De hecho, esta presunta cercanía entre el *Órganon* y la *Retórica* justificó la compilación de estas obras de manera conjunta en la antigüedad (Kennedy, 2007, p. 309). Lo anterior, debido a que ambos asuntos se refieren a estudios formales que no se restringen a un saber o disciplina en específico y que, al mismo tiempo, exploran un mismo objeto: el uso del razonamiento humano.

1.1. La distinción entre razonamientos apodícticos y razonamientos dialécticos

El *Órganon* aristotélico, entendido como la compilación de diversos escritos de Aristóteles relativos al razonamiento humano, ha sido tradicionalmente considerado como el primer estudio sistemático acerca de cómo los hombres hacen uso del discurso racional. En este sentido, los *Tratados de lógica* se relacionan principalmente con los métodos de acreditación que emplean los seres humanos para sustentar sus puntos de vista en las tareas más complejas de la vida como la ciencia o la filosofía, así como en las actividades más rutinarias como el uso de la palabra en un diálogo. Por lo tanto, el objeto principal del estudio que aborda Aristóteles en este compendio de textos son las formas de racionalidad, de modo tal que dicho estudio no se refiere a un saber en particular o al contenido de una ciencia o disciplina en específico, sino al estudio trasversal del razonamiento humano (Smith, 2015). Estas mismas características parecen ser predicables de la *Retórica* que es primordialmente un estudio relativo al razonamiento humano cuya aplicación

concierno a diferentes situaciones más allá de ciencias o saberes específicos (Berti: 2008, p. 168), aunque en un contexto diverso: el del orador que intenta valerse de los medios disponibles con el fin de persuadir a un auditorio.

En términos generales, el razonamiento humano es definido por Aristóteles como aquella situación discursiva en la que “(...) sentadas ciertas cosas, necesariamente se da a la vez, a través de lo establecido, algo distinto de lo establecido” (*Tóp.*, 1982: 100a 25 – 28). Dicho de otro modo, el ejercicio de razonamiento puede ser definido como aquel a través del cual una conclusión argüida pretende estar respaldada por ciertas premisas, puesto que aquella se sigue de éstas (Copi, Cohen y McMahon, 2014, p. 6). No obstante, Aristóteles no concibe una forma de racionalidad universal que sea aplicable a toda clase de asuntos (Mas Torres, 1994, pp. 83- 84), sino que la forma de razonamiento a emplear parece depender más bien de la situación en cuestión. En estas circunstancias, el razonamiento humano podría ser sido escindido *grosso modo* en dos grandes vertientes², de acuerdo a la obra aristotélica (Perelman, 1997, pp. 19-21). Por un lado, los razonamientos apodícticos o demostrativos cuya pretensión es justificar una determinada proposición a través de la derivación que se da con base en premisas ciertamente establecidas e indiscutibles; de otro lado, los razonamientos dialécticos cuya pretensión es lograr el mayor grado de respaldo posible para una proposición con base en el hecho de que ésta se fundamenta en opiniones ampliamente reputadas, aun cuando éstas no constituyan evidencias irrefutables. En suma, la distinción entre razonamientos apodícticos y razonamientos dialécticos corresponde a dos

² En todo caso, vale la pena aclarar que esta escisión es necesariamente una simplificación del asunto para facilitar la presentación del problema, toda vez que *stricto sensu* las formas de razonamiento en el pensamiento aristotélico pueden abarcar al menos cuatro categorías: los razonamientos demostrativos, los razonamientos dialécticos, los razonamientos erísticos y los razonamientos desviados (*Tóp.*, 100a 25 - 101a 24). Sin embargo, estos dos últimos, omitidos por razones de brevedad, constituyen formas argumentativas basadas en opiniones que son plausibles solamente en apariencia, en el caso de los razonamientos erísticos, y fórmulas discursivas construidas sobre puntos de vista totalmente errados, en el caso de los razonamientos desviados. En otras palabras, los razonamientos erísticos y desviados serían formas engañosas o erradas del discurso humano (Berti, 2008, pp. 44 - 47).

grandes vías de razonamiento: la vía cierta de los razonamientos propios de la demostración científica que se basa en proposiciones asumidas como verdaderas e indiscutibles y la vía plausible de los argumentos dialécticos que se basa en las opiniones reputadas.

1.1.1. Razonamientos apodícticos o demostrativos

Siendo la *apódeixis* una forma de demostración científica en el contexto de la obra aristotélica, esta clase de razonamientos demostrativos se caracterizan, según los *Tópicos* de Aristóteles (100a 28 – 30), por emplear una forma específica del discurso lógico que “(...) parte de cosas verdaderas y primordiales, o de cosas cuyo conocimiento se origina a través de cosas primordiales y verdaderas (...)” Ahora bien, este tipo de razonamiento ha sido tradicionalmente asociado con el discurso científico en el pensamiento de Aristóteles, toda vez que la ciencia aristotélica se desarrolla precisamente sobre la base de ciertos principios que son considerados verdaderos y primordiales para cada disciplina científica en específico. En este orden de ideas, los razonamientos apodícticos se caracterizarían para Aristóteles por el hecho de que: de un lado, conciernen a las razones verdaderas y primordiales que explican un determinado estado de cosas o una conclusión aseverada; de otro lado, por el carácter necesario de sus inferencias al desprenderse éstas de verdades primordiales para una disciplina (Berti, 2008: 23 – 24). Así las cosas, las razones que justifican una determinada conclusión en términos apodícticos, a diferencia de las razones que apoyan los argumentos dialécticos cuya validez depende de la mayoría de las personas o de las más sabias entre ellas, no están sujetas a ningún tipo de refrendación externa, ya que de antemano están asumidas como verdaderas e indiscutibles en el contexto de una determinada disciplina científica.

Bajo estas circunstancias, el razonamiento demostrativo puede considerarse como una forma de razonamiento que es independiente de las opiniones del interlocutor o el auditorio al que

se intenta demostrar la corrección del razonamiento. Por tal motivo, los razonamientos demostrativos permiten un uso monológico de la razón humana, toda vez que parten de premisas que no están sujetas a la discusión o a la adhesión de los interlocutores (Perelman, 1997, p. 29).

Dicho en otras palabras:

“La situación concreta en la que Aristóteles piensa teorizando la ciencia apodíctica es la constituida por un científico, por ejemplo, un cultor de geometría, el cual estando ya en posesión de la ciencia en cuestión se propone exponerla a otros, es decir, enseñarla. El discurso de tal científico es esencialmente un monólogo, aunque está dirigido a oyentes, porque estos últimos no tienen nada para decir, deben sólo aprehender, es decir, ser ayudados a ver con claridad lo que para ellos es aún oscuro, por ejemplo, la verdad de un determinado teorema.” (Berti, 2008, p. 29)

De acuerdo a las circunstancias propias de la demostración científica, un razonamiento matemático o geométrico no depende de buenos o malos argumentos alrededor una determinada proposición, debido a que la certeza de los axiomas matemáticos o geométricos no está sujeta a la discusión o a la adhesión del auditorio. Por tal razón, el funcionamiento de la razón humana para el caso de la *apódeixis* consiste en demostrar que cierta conclusión se deriva efectivamente de los principios asumidos por una determinada disciplina científica. Así pues, mientras que los razonamientos apodícticos demuestran racionalmente sobre la base de lo verdadero e indiscutido, los razonamientos dialécticos conciernen principalmente al ámbito de la argumentación y discusión sobre las razones que parecen servir de fundamento a una determinada conclusión.

En resumidas cuentas, un buen razonamiento demostrativo o científico se caracteriza por partir de proposiciones verdaderas e indiscutidas que sirven de fundamento a la conclusión alcanzada, de modo que sus resultados son siempre un ejercicio de derivación que es independiente de la opinión del auditorio. Por tal razón, los razonamientos demostrativos no requieren de

refrendación externa alguna, de manera que, en estos casos, “(...) casi no nos preocupamos de saber si [los fundamentos de la argumentación] son o no aceptados por el auditorio” (Perelman, 1997, p. 29). Consecuentemente, ninguna persona razonable sometería las conclusiones derivadas de asuntos como los axiomas geométricos o los postulados científicos al tribunal de la opinión mayoritaria o al parecer de los más sabios para determinar su corrección.³ En virtud de estas características, el estudio de la racionalidad demostrativa parece estar más enfocado en la corrección del proceso de derivación, a partir de las premisas asumidas como verdaderas y primordiales, que en la discusión sobre la índole de los fundamentos empleados en el razonamiento (Bermejo Luque, 2009, p. 40).

1.1.2. Razonamientos dialécticos o no demostrativos

A diferencia de la racionalidad de tipo apodíctica o demostrativa, los razonamientos dialécticos se caracterizan principalmente por carecer de fundamentos verdaderos y primordiales, de modo que la racionalidad no demostrativa se basa en el uso de opiniones generalmente aceptadas *-éndoxxa-* (*Tóp.*, 100a18). En este contexto, el estudio de los razonamientos dialécticos adquiere relevancia ante la ausencia de supuestos verdaderos y primordiales que permitan la derivación propia de los discursos apodícticos. Ahora bien, la ausencia de las condiciones necesarias para el razonamiento científico puede ocurrir bajo dos supuestos generales (Perelman, 1997, p. 25): primero, que las premisas sobre las que se pretende justificar una determinada conclusión no estén ciertamente establecidas, esto es, que sean premisas aún discutibles; segundo, que las premisas básicas del razonamiento, pese a ser indiscutibles, carecen de una definición o contenido claros, de

³ No obstante, Thomas Kuhn (1970) ha argüido contemporáneamente que incluso los discursos científicos, aun cuando parecen ser los más ceñidos al método de los razonamientos apodícticos, están también justificados en la adhesión a unos postulados por parte de la opinión de la comunidad científica.

modo que se puede estar de acuerdo con el supuesto que sirve de soporte a una determinada proposición, pero no con lo que se dice que ésta implica o contiene. Dada esta carencia de referentes verdaderos e indiscutibles, la acreditación de ciertos asuntos se adelanta a través de opiniones reputadas, aun cuando todavía discutibles.

En este orden de ideas, los razonamientos dialécticos tienen lugar con ocasión de la divergencia de argumentos frente a un problema propuesto que debe ser resuelto con base en opiniones plausibles, de modo que los discursos no demostrativos, en contraposición a los razonamientos apodícticos que pueden darse en el marco del soliloquio mental, se caracterizan por hecho de que su ejercicio requiere necesariamente de la intersubjetividad (Berti, 2008, p. 37). Dicho de otro modo, los razonamientos dialécticos exigen acudir a la opinión de otras personas para determinar el carácter persuasivo de un argumento y con ello obtener la aceptación de cierta inferencia, puesto que los fundamentos de los que se parte se encuadran en el marco de premisas que no constituyen verdades primordiales. Siguiendo un ejemplo parecido al propuesto por Aristóteles en la *Retórica* (1357b18), no es posible asegurar como algo verdadero e indiscutible la creencia general de que los hombres viejos son igualmente sabios. Sin embargo, la idea de que envejecer implica necesariamente la adquisición de sabiduría parece ser una creencia reputada entre los seres humanos, si bien todavía discutible. Un razonamiento dialéctico, en estas condiciones, giraría en torno a la diversidad de argumentos plausibles para sostener o refutar dicha opinión relativa al problema de la presunta relación entre vejez y sabiduría, ya que este problema no puede ser resuelto bajo los criterios necesarios para la demostración científica.

En suma, los razonamientos dialécticos se caracterizan por la ausencia de premisas verdaderas y primordiales que sirvan de base a una conclusión dada, de manera tal que su ejercicio se ubica en el campo de la opinión y la discusión, a diferencia de la racionalidad demostrativa que

se presenta como relativa a lo verdadero e indiscutible (Perelman, 1997, p. 21). De ahí que la racionalidad dialéctica tenga como nota distintiva el hecho de requerir de la intersubjetividad para su ejercicio, ya que el éxito de un discurso se mide no sólo por el procedimiento de derivación empleado, sino especialmente por el mayor o menor respaldo que se logre en torno a un argumento planteado en relación con las razones que pretenden sustentar una conclusión. De ahí que, como bien lo arguye Mas Torres (1994, pp. 86 - 87), el oyente desempeñe un rol central en el contexto de los razonamientos dialécticos, debido a que éstos no operan únicamente en atención al discurso *per se*, ya que estos tienen lugar en función de la opinión del auditorio que se busca persuadir. Podría decirse, por lo tanto, que ésta es una “(...) diferencia fundamental entre la apodíctica y la dialéctica: mientras la primera se refiere a un monólogo, la enseñanza, la segunda se refiere a un diálogo” (Berti, 2008, p. 37). En pocas palabras, los razonamientos dialécticos están dirigidos al otro, mejor dicho, son argumentos *pròs héteron* (*Top.*, 155b7)

1.2. Las artes de la dialéctica y la retórica analizan razonamientos no apodícticos

En el contexto de los argumentos no apodícticos, Aristóteles distingue dos grandes artes – *téchne*- de las que se sirven los hombres para razonar de manera intersubjetiva: la dialéctica y la retórica. Es así que resulta posible escindir preliminarmente el estudio del razonamiento humano en tres ramas: la demostración científica que corresponde al ámbito de los razonamientos apodícticos; la dialéctica y la retórica que corresponden al campo de los razonamientos no apodícticos. Así las cosas, resulta posible evidenciar las notables diferencias que existen entre los razonamientos científicos respecto de la dialéctica y la retórica, habida cuenta de que son las mismas diferencias que existen entre los razonamientos apodícticos y los argumentos dialécticos. Con todo, parece requerirse una distinción conceptual más detallada entre la dialéctica y la retórica

al interior de la obra de Aristóteles (Kennedy, 2007, p. 28; Gasché, 2010, pp. 32-33), ya que, por pertenecer al mismo tipo de racionalidad no demostrativa, resulta más complejo el precisar los matices que distinguen una y otra arte al interior de la obra aristotélica.

1. 2. 1. ¿Es realmente la retórica algo más que una forma de dialéctica?

Dando por sentado que la *Retórica* corresponde a una aproximación teórica al razonamiento humano de relevancia al interior de la obra aristotélica, varios autores se han referido de manera copiosa a la relación existente entre dialéctica y retórica a través de los siglos (Brunschwig, 1996, p. 34). Por tanto, los puntos de vista abarcan una gran variedad de rangos interpretativos. Con todo, pueden esbozarse al menos dos grandes vertientes que pretenden dar cuenta del significado que tiene la retórica como análoga *-antístrophos-* de la dialéctica: por una parte, algunos intérpretes hacen énfasis en el carácter casi equiparable de la retórica y la dialéctica, de modo que terminan por subsumir el estudio de la retórica en el estudio de los razonamientos dialécticos, y viceversa; por otra parte, hay lectores de Aristóteles que consideran a la retórica y a la dialéctica como artes conceptualmente diferentes, pese a que ambas comparten ciertas características básicas que permiten, hasta cierto punto, su estudio conjunto.

Así, por ejemplo, Perelman es uno de los autores que ha relativizado contemporáneamente la diferenciación aristotélica entre dialéctica y retórica al considerar que la más notoria de las diferencias entre una y otra radica únicamente en el tipo de auditorio al que se dirige cada una de estas formas de razonamiento (1997, p. 23). Por tal razón, este autor ha emprendido el estudio conjunto de ambas artes, entendiendo que el estudio de una termina por subsumir en términos generales el estudio de la otra, bajo la denominación genérica de lo que se ha denominado nueva

retórica.⁴ Lo anterior, probablemente, con base en un pasaje del mismo Aristóteles (*Ret.*, 1356a 26-27) que denomina a la retórica como derivación *–paraphués–* de la dialéctica y que parece contradecir *prima facie* una distinción de relevancia entre ambas artes (Brunschwig, 1996, p. 35).

Contrariamente, otros autores enfatizan las sutiles, pero relevantes diferencias teóricas entre la dialéctica y la retórica, de forma tal que justifican su estudio separado a la luz de la obra aristotélica. En este sentido, si bien autores como Berti (2008), Gasché (2010), Rapp (2009; 2010) y Brunschwig (1996) reconocen la existencia de notorias similitudes estructurales entre la dialéctica y la retórica en Aristóteles, promueven el estudio separado de ambos campos del razonamiento no demostrativo. Esta perspectiva interpretativa posiblemente más inclinada hacia otro pasaje de la *Retórica* de Aristóteles que califica el arte relativo al conocimiento de los medios de persuasión como semejante *–antístrophos–* a la dialéctica (*Ret.*, 1354a 1-4), en otras palabras, como un estudio teórico análogo, pero no por ello idéntico, al análisis del discurso dialéctico (Gasché, 2010, p. 31; Grimaldi, 1980, pp. 2-3).

Dadas estas circunstancias, existe la necesidad de plantear una perspectiva que, aun cuando acepte ligar estrechamente el estudio de las artes de la retórica y la dialéctica, explique de igual manera por qué resulta indispensable la separación conceptual de una y otra actividad artística, atendiendo a la fórmula definitoria que el mismo Aristóteles ha empleado al inicio de su obra relacionada con la capacidad de teorizar los medios de persuasión disponibles. Lo anterior, en consecuencia, permitiría desarrollar una noción relativamente autónoma de la retórica aristotélica

⁴ Aunque Perelman desarrolló su estudio de la retórica y la dialéctica bajo la denominación de nueva retórica, la generalización del término retórica no implica para él que la dialéctica sea una especie de retórica. Por el contrario, la denominación genérica de retórica al estudio de ambas artes responde al interés de Perelman por evitar equívocos respecto de otros usos filosóficos del término dialéctica, especialmente, en el mundo de la filosofía posterior a Hegel cuya noción de dialéctica adquiere un sentido notablemente diferente. (Perelman & Olbrechts-Tyteca, 1989, p. 36)

cuya utilidad se mediría fundamentalmente en términos prácticos y, específicamente, en el marco del saber práctico de la política.

1.3. Resumen

Aun cuando existen divergencias en torno al rol que cumple la *Retórica* en la obra aristotélica, ésta constituye, al menos desde una interpretación contemporánea, el estudio teórico de una forma no demostrativa de razonamiento que está estrechamente ligado al arte de la dialéctica. Por ende, al igual que los razonamientos dialécticos, la retórica supone el análisis de aquellos asuntos que están basados en opiniones meramente plausibles, ya sea por cuanto las razones que pretenden justificar una determinada conclusión resultan discutibles o porque, pese a tratarse de asuntos que pueden considerarse indiscutibles, no existe un acuerdo sobre el contenido semántico de las proposiciones que pretenden respaldar una proposición en específico. De ahí que Aristóteles haya postulado la existencia de una relación de analogía entre la dialéctica y la retórica como la clave interpretativa para descifrar el alcance de esta última.

Según Aristóteles, por lo tanto, parece que, si bien es importante el estudio de los razonamientos dialécticos para una aproximación a la retórica, ello no significa que las diferencias entre ambas formas de razonamiento humano sean menospreciables o que su estudio independiente carezca de importancia. Por el contrario, parece razonable presentar una noción independiente y específica de la retórica en el pensamiento de Aristóteles, de modo que pueda determinarse el alcance conceptual de dicho arte, más allá de su relación con la dialéctica, así como su rol específico para el entendimiento de aspectos de la vida práctica como la política.

2. ARISTÓTELES: UNA DEFENSA DEL ARTE DE LA RETÓRICA

Como se ha señalado anteriormente, la retórica ha sido generalmente considerada ajena a la historia de la filosofía y la literatura, excepto para contrastar las bondades de estas frente a los peligros de la primera. Este imaginario parece haber tenido su expresión más elocuente e influyente en la Grecia clásica. En este sentido, por ejemplo, Platón desestimó el valor de la retórica con ocasión su aparente superficialidad, de forma tal que abrió el camino a una especie de antagonismo entre la retórica y la filosofía, mientras que Aristófanes articuló uno de los prejuicios más recurrentes en relación con los inminentes peligros que atañe el uso de la retórica para la vida práctica (Nichols, 1987). Así pues, la atención prestada por Aristóteles a los medios de persuasión empleados por los oradores resulta a todas luces llamativa, toda vez que dicho punto de vista ha venido nutriendo una perspectiva alternativa de la retórica que, entre otras cosas, intenta rebatir las objeciones propuestas tradicionalmente en contra del discurso retórico (Pernot, 2013, p. 96). Antes de abordar el problema propuesto en torno a la delimitación conceptual de la retórica, resulta indispensable recapitular las razones por las que la noción aristotélica del arte de la retórica constituye un punto de quiebre respecto de la interpretación tradicionalmente asumida. Por tal motivo, vale la pena reconstruir las principales objeciones propuestas en contra de la retórica, así como las razones de Aristóteles para reivindicar el estudio teórico del arte de la palabra como un campo del conocimiento valioso para el desenvolvimiento de la vida práctica.

Frente al estudio de la retórica se han propuesto tradicionalmente dos objeciones de profunda influencia a través de la historia del conocimiento humano (Vega Reñón, 2012: 4-5; Nichols, 1987, p. 658): desde el punto de vista epistemológico, se ha argüido frecuentemente que la retórica no persigue la verdad, sino que se conforma simplemente con la mera persuasión del

interlocutor; desde el punto de vista moral, se ha asumido tradicionalmente que la retórica parece diseñada para ser un instrumento de manipulación en relación con los asuntos de la vida práctica. De acuerdo a estas críticas a la retórica, dos conclusiones parecen derivarse de manera inmediata: de un lado, que el estudio de la retórica carece de valor, puesto que no tiene relación alguna con el verdadero conocimiento de las cosas; de otro lado, que la retórica es nociva para el adecuado desarrollo de la vida práctica, dado que está inclinada hacia la manipulación y la injusticia. Estos razonamientos constituyen los dos pilares sobre los que se estructura lo que podría asumirse como una noción negativa del discurso retórico. Con relación a este punto de vista es que, consecuentemente, la noción aristotélica puede ser razonablemente interpretada como un intento de refutar las dos objeciones tradicionalmente esgrimidas en contra de la retórica desde la Grecia clásica (Nichols, 1987).

2.1. La retórica no persigue el verdadero conocimiento de las cosas

Probablemente, la objeción más conocida alrededor del estudio de la retórica radica en el hecho de que, a diferencia de la filosofía, la racionalidad retórica no está dirigida al verdadero conocimiento de las cosas, sino que se conforma de manera consciente con la mera persuasión circunstancial del interlocutor. En este contexto, el concepto de retórica defendido por Aristóteles podría interpretarse como una respuesta a esta objeción cuya más elocuente exposición, como bien lo arguye Pernot (2013, p. 72), puede encontrarse en el diálogo *Gorgias* de Platón.⁵ Lo anterior

⁵ Empero, posteriormente, Platón parece haber asumido una perspectiva distinta frente a su condena inicial de la retórica, puesto que, en su diálogo *Fedro*, acepta la posibilidad de una buena retórica en contraposición a la retórica sofística (Berti, 2008, pp. 166-167). En opinión de Platón, lo que podríamos considerar una buena retórica estaría caracterizada por el conocimiento verdadero de las cosas que está acompañado por el conocimiento de las almas humanas y, por ende, de aquello que resulta persuasivo para cada tipo hombre (*Fedro*, 273d). No obstante, la posición vertida en *Gorgias* resulta de mayor interés para los efectos del presente escrito, habida cuenta de que ésta parece ser la posición con relación a la retórica que más impacto ha tenido a través de la historia de la filosofía.

sería coherente con la línea interpretativa que propone Jaeger (1946, pp. 20-21), en el sentido de que el Estagirita desarrolló, conforme superaba su juventud, un constante distanciamiento de los postulados clásicos de Platón, aun cuando nunca dejó de trabajar los problemas centrales planteados por el platonismo. Parece plausible, por ende, interpretar la *Retórica* de Aristóteles como un intento de responder a la objeción planteada por Platón desde la filosofía en contra del arte de la retórica.

Sin lugar a dudas, Platón desarrolla uno de los argumentos más influyentes en contra de la retórica y de su viabilidad como un campo de estudio teórico. Según el argumento expuesto por el filósofo ateniense (*Gor.*, 462b - 465d), la retórica es semejante o análoga *-antístrophe-* a la culinaria en el sentido de que ambas prácticas pertenecen al mismo género de actividades adulatorias o relativas a la mera apariencia de las cosas. Desde este punto de vista, así como la actividad de un cocinero se dirige únicamente a la satisfacción del sentido del gusto o del olfato de sus comensales, la retórica se encarga únicamente de buscar la simple persuasión por medio de la satisfacción del auditorio, sin importar el contenido mismo del discurso empleado. En este sentido, al igual que en el caso de un cocinero cuyo interés radica en complacer el paladar, independientemente del beneficio que produzcan los alimentos en la salud de los comensales, el orador restringe su interés a la mera persuasión de los auditorios, de modo que desatiende la preocupación por el carácter verdadero del discurso empleado. En suma, como bien lo señala Berti (2008, p. 166), en su influyente diálogo *Gorgias*, Platón “(...) niega incluso que la retórica sea un arte, es decir, un discurso fundado sobre un conocimiento científico, y la presenta como una simple práctica empírica, que apunta exclusivamente a la persuasión de los otros, fuera de cualquier conocimiento.”

En este orden de ideas, toda consideración sobre la labor de un orador, al igual que todo juicio emitido sobre la actividad de un cocinero, se realiza únicamente con base en la reacción que

genere en el destinatario, sin que interese, por ejemplo, la falsedad del discurso empleado para persuadir al oyente o la nocividad de las recetas empleadas para cautivar los sentidos del comensal. Dicho de otro modo, la retórica y la culinaria son parecidas en cuanto a que el objeto de su estudio se restringe conscientemente a la opinión del auditorio, sin anhelo alguno de superar dicha superficialidad. Por lo tanto, nociones como la verdad, lo bueno o lo justo no tienen cabida en dichas prácticas adulatorias, de manera tal que eso las haría inferiores respecto de las actividades propiamente dirigidas al verdadero conocimiento de lo justo, lo bueno y lo bello. Así las cosas, aun cuando los diálogos platónicos constituyan un paradigma de argumentación retórica por su constante uso de analogías y metáforas para abordar los problemas propuestos (Rorty, 2011, p. 730), la argumentación de Platón al interior del *Gorgias* parece señalar que la retórica se encuentra en un plano de inferioridad que hace de su estudio algo superficial y carente de valor para alguien realmente interesado en el verdadero conocimiento, debido a que el ejercicio de la retórica parece estar limitado al mundo de las cambiantes opiniones y a la más superficial aproximación al conocimiento de las cosas.

2.2.1 La retórica se dirige al análisis del razonamiento práctico

En relación con este primer reparo, Aristóteles defiende la idea que el estudio de los medios de persuasión no es un mero asunto de adulación que se conforma con la satisfacción del auditorio. Siguiendo la opinión del Estagirita, uno de los errores centrales de las anteriores aproximaciones a la retórica radicó, precisamente, en la reducción que éstas hicieron de la retórica a las cuestiones ajenas al razonamiento (*Ret.*, 1354a 10-20). De ahí que Aristóteles no acepte la idea de circunscribir el estudio de la retórica a la adulación de los auditorios, sino que, contrariamente, resalte el hecho

de que un estudio adecuado de la retórica concierne principalmente al análisis de los medios de persuasión racionales, particularmente al uso de los entimemas (*Ret.*, 1355a 4-9)⁶, es decir, a la forma que usualmente adoptan los razonamientos en el marco del discurso retórico.⁷ No obstante el lugar central que tiene el *lógos* en la persuasión, la retórica aristotélica reconoce al menos otros dos aspectos persuasivos a tener en cuenta al momento de analizar un discurso retórico: el carácter del orador *-êthos-* y la disposición del auditorio *-páthos-* (*Ret.*, 1356a 1-4). De este modo, en oposición a la estrecha noción de retórica adoptada por la tradición filosófica, la retórica aristotélica estaría “(...) compuesta de una parte que trata de la habilidad del ser humano para el razonamiento lógico (silogístico), y otra parte acerca del carácter, la virtud y las emociones” (Gasché, 2010, p. 28). En este orden de ideas, así como la dialéctica se encarga de dar el método para mejorar la calidad de los puntos de vista propuestos alrededor de un problema dado, la retórica aristotélica no está comprometida únicamente con la satisfacción del auditorio o la manipulación de las pasiones para lograr la persuasión, sino que alude principalmente al uso del *lógos* en el discurso. En suma, el giro principal de la retórica aristotélica consiste en proponer una “(...) nueva concepción de la retórica como arte de la comunicación, no ya del puro encantamiento, o de la pura sugestión emotiva.” (Berti, 2008, p. 168)

Sumado al hecho de que la retórica aristotélica constituye fundamentalmente una aproximación al uso de la razón entre los seres humanos que no se circunscribe a la adulación del auditorio, la utilidad de la retórica radica en el uso que de ésta pueda hacerse en el marco de los

⁶ Frente a este pasaje de la *Retórica*, vale la pena añadir que el sentido de la prevalencia del *lógos*, como medio de persuasión por antonomasia, aún resulta ser un asunto fuertemente debatido, en el entendido de que los otros mecanismos de persuasión *-písteis-* podrían asumirse como complementarios al razonamiento o como inmersos en el razonamiento (Grimaldi, 1980, pp. 8 – 9).

⁷ En todo caso, el sentido preciso del entimema en la retórica de Aristóteles, como la fórmula por excelencia que adopta el *lógos* en el discurso retórico, ha sido tradicionalmente un asunto objeto de controversia. Ya sea que se defina el entimema como un silogismo abreviado o una forma no abreviada, pero específica de silogismo retórico (Gasché, 2008, pp. 60 – 61; Berti, 2008, pp. 176 - 179)

asuntos propios de la vida práctica que no pueden ser objeto de conocimiento verdadero. En efecto, ninguna persona razonable sugeriría que asuntos como la geometría, la lógica formal, la matemática o cualquier otra disciplina susceptible de demostración científica deba ser sometida a un proceso de deliberación retórica, puesto que en estos casos no se trataría de un conocimiento meramente plausible, sino de una forma de razonamiento que puede darse con base en asuntos demostrables científicamente sobre los que no habría *prima facie* lugar a discusión alguna. No obstante, existen temas que exigen de un cierto grado de acreditación discursiva en términos de plausibilidad, aun cuando su justificación no pueda ser realizada en los términos verdaderos e indiscutibles de la demostración apodíctica. En este sentido, pese a que “(...) los problemas de acción han sido [erróneamente] reducidos a problemas de conocimiento, es decir, de verdad o probabilidad (...)” (Perelman, 1997, pp. 26-27), la racionalidad retórica se presenta, en opinión de Aristóteles, como una alternativa ante la inviabilidad de presentar razonamientos demostrativos frente a los asuntos de la vida práctica, mejor dicho, ante la ausencia de un conocimiento que pueda ser asumido como verdadero e indiscutible (Nichols, 1987, p. 657). Así, utilizando uno de los ejemplos empleados por Aristóteles en la *Retórica* (1359b 20-25), los temas relativos a la guerra o la paz son normalmente objeto de discurso retórico, puesto que no puede presentarse una decisión al respecto en términos de simple arbitrariedad. Con todo, este tipo de temas tampoco pueden ser abordados a partir de esquemas demostrativos o científicos, sino de acuerdo a argumentos plausibles a favor o en contra de una u otra posición, esto es, bajo estructuras intersubjetivas o dialécticas de argumentación.

Bajo estas condiciones, Aristóteles delimita lo que él considera es el objeto de la deliberación retórica en términos prácticos que no tienen relación alguna con los debates sobre las evidencias científicas que resultan en principio indiscutibles. En este orden de ideas, los juicios emitidos sobre las decisiones humanas no parecen ser susceptibles de ser juzgadas bajo los estrictos

parámetros de los razonamientos verdaderos, sino que tienen lugar con base en otro tipo de criterios como la conveniencia o la razonabilidad. Así, por ejemplo, es posible afirmar que la decisión de ir a la guerra resulta injustificada o inconveniente, pero no que es verdadera o que su conveniencia o razonabilidad puede ser demostrada científicamente, de acuerdo a principios verdaderos e indiscutibles. De ahí que pueda afirmarse que, para Aristóteles, los razonamientos retóricos no están relacionados con los objetos en sí mismos como lo justo o lo bueno, sino que atañen a los juicios que las personas emiten en torno a lo que consideran justo o bueno en el contexto de la vida práctica (Rapp, 2009, pp. 385 – 388). En consecuencia, resultaría cierto, a juicio del Estagirita, que la retórica no persigue la verdad o el verdadero conocimiento último de las cosas, ya que los asuntos de que trata no tienen relación con un conocimiento más allá de la construcción de opiniones humanas más elaboradas. En este sentido, al discurso retórico no se le podría exigir que aspire al conocimiento verdadero, toda vez que los asuntos de que trata son ajenos *per se* a lo ciertamente establecido e indiscutible, toda vez que precisamente se hayan en el campo de la decisión humana que no puede ser derivada de verdades primordiales. En opinión de Aristóteles, por consiguiente, el ejercicio de los razonamientos no demostrativos, siendo una expresión de éstos el discurso retórico, no evidencian la oposición entre una forma superior y una forma inferior de conocimiento, sino entre dos orientaciones diferentes de la racionalidad humana: el demostrar y el discutir (Berti, 2008, p. 45).

2.2. La retórica puede constituir un instrumento de manipulación e injusticia

Un segundo argumento ha sido frecuentemente presentado en contra del discurso retórico. Este argumento radica en el posible mal uso que los demagogos puedan hacer de su capacidad para

lograr la persuasión de los auditorios al valerse de su facultad persuasiva para hacer prevalecer su interés privado (Finley, 1962: 4 – 5). Por tal razón, siempre ha existido una persistente preocupación en torno al poder del lenguaje, así como frente a los riesgos que podría suponer el abuso de este poder en el contexto de la vida práctica (Pernot, 2013, p. 19). En este sentido, podrían mencionarse varios casos en que discursos persuasivos han implicado la motivación para llevar a cabo diversas acciones injustas o dirigidas solamente al interés personal del orador. Por consiguiente, parece ser un hecho que la palabra de un hábil orador podría efectivamente manipular a las personas y, consecuentemente, conducirlos a realizar actos que pueden ser considerados injustos o útiles solamente para el interés privado del orador.

Ahora bien, esta preocupación relacionada con el uso viciado de la retórica ha sido expuesta desde los tiempos de la Grecia clásica en la que vivió Aristóteles. De hecho, la democracia ateniense se vio obligada a erigir instituciones políticas y jurídicas que pretendían prevenir o remediar esta clase de abusos discursivos, ya sea con el fin de morigerar el exceso de poder individual, la corrupción o la ausencia de reflexión en las decisiones populares. Ejemplo de lo anterior son las condenas al ostracismo de personas proclives a ejercer la tiranía o las mociones dirigidas a cuestionar las decisiones adoptadas por las mayorías de manera irreflexiva (Finley, 1962, p. 21). Dadas estas circunstancias relativas al potencial abuso del discurso retórico, el comediante clásico Aristófanes plasmó de manera elocuente las inquietudes generales en torno al probable uso viciado de la retórica a través de su comedia *Nubes*. Dicha pieza literaria expresa de manera clara una de las preocupaciones más recurrentes en torno al uso distorsionado de la palabra para hacer prevalecer el interés privado del orador por medio de la manipulación de los auditorios (Nichols, 1987, p. 658; Pernot, 2013, p. 39).

A grandes rasgos, el argumento de la comedia gira en torno al hecho de que Estrepsiades pretende enviar a su hijo Fidípides para que aprenda el arte de la palabra con el fin poder evadir las justas reclamaciones de sus acreedores, haciendo uso de las artimañas argumentativas propias de todo orador. En otras palabras, esta comedia clásica representa fielmente una de las caracterizaciones más influyentes en relación con el potencial abuso de la retórica al esbozar un personaje que pretende valerse del discurso como una herramienta que puede hacer del argumento injusto un argumento justo a los ojos del auditorio, esto es, para hacer lo que es evidentemente injusto algo aparentemente bueno y justo gracias al poder de la palabra, haciendo prevalecer de tal manera el interés privado del orador sobre la justicia o la verdad (Nichols, 1987: 658). Desde esta óptica, la facultad de conocer los medios de persuasión disponibles para cada caso concreto constituye una habilidad especialmente proclive a la injusticia y, por ende, una amenaza patente para el adecuado desarrollo de la vida práctica.

2.2.1. El estudio de la retórica forma el criterio para la vida práctica

Frente a la objeción relativa al probable abuso del discurso retórico, Aristóteles expone una perspectiva alterna acerca de la utilidad de la retórica. Dicha perspectiva consistiría en considerar que la retórica no solamente le es útil a unos cuantos escogidos por el don de la palabra y la persuasión, sino que también está dirigida a la educación del común de la población cuya posición le exige de evaluar los mecanismos de persuasión empleados por el orador (Gasché, 2010: 55). Lo anterior supone, como bien lo señala Aristóteles (*Ret.*, 1354a 1-6), el ejercicio de la retórica incumbe a todo ser humano, en el sentido de que todos nos vemos constantemente inmiscuidos en la tarea de defender nuestros propios argumentos o refutar los puntos de vista ajenos. Desde la perspectiva defendida por Aristóteles, la retórica constituye una de las actividades compartidas por

todos los seres humanos –*koiná*- que no necesariamente supone un conocimiento especializado para su ejercicio, aun cuando sí puede ser objeto de instrucción teórica (Brunschwig, 1996, p. 42; Grimaldi, 1980, pp. 1- 3).

Bajo este prisma interpretativo, el estudio de la retórica brinda las herramientas necesarias para mejorar el conocimiento de los medios de persuasión disponibles en el caso del orador, así como enriquece el análisis crítico en el caso de los auditorios. De hecho, Aristóteles (*Ret.*, 1355a 29-35) señala explícitamente que una de las utilidades del estudio de la retórica radica en que ésta permite estar en la capacidad de vislumbrar y refutar el eventual uso viciado del discurso (Berti, 2008, p. 171). Así pues, el conocimiento de los medios de persuasión permite vislumbrar los argumentos a favor o en contra de un determinado asunto, de modo que permitiría reaccionar frente a argumentos falaces o injustos (Rapp, 2009, p. 592). En pocas palabras, para Aristóteles, “(...) el arte del discurso no consiste [solamente] en inducir a la persuasión, sino en proporcionar a la audiencia los medios para tomar una decisión” (Gasché, 2010, p. 55).

En este orden de ideas, el estudio de la retórica tendría dos caras, según la interpretación aristotélica: de un lado, la retórica sirve para mejorar la calidad argumentativa del orador al permitirle conocer los medios de persuasión disponibles en una situación concreta; de otro lado, el estudio de la retórica sirve al auditorio para mejorar su criterio en torno al juicio que ha de emitir para valorar la argumentación empleada por el orador. Entonces, para evitar caer en las posibles artimañas de los demagogos, no habría que proscribir el ejercicio de la retórica, sino fomentar su estudio con el fin de que los auditorios, potencialmente manipulables por los discursos injustos, sepan reconocer en qué momento un orador hace mal uso del discurso, v. g., al emplear premisas que en realidad no constituyen opiniones reputadas o al pretender derivar conclusiones que no se siguen de las opiniones plausibles empleadas a manera de premisa. En suma, la retórica esbozada

por Aristóteles serviría para tomar decisiones sobre asuntos razonables de manera bien informada (Johnstone, 1980, p. 11)

Finalmente, Aristóteles añadiría otro argumento, reconocido por intérpretes de la retórica aristotélica como Rorty (2011, p. 717) y Berti (2008, p. 171), con relación a la supuesta tendencia hacia la manipulación y la injusticia de la retórica. En este sentido, si el discurso retórico va a ser condenado por el potencial uso nocivo que de este pueda hacerse, lo mismo aplicaría muchas otras ventajas prácticas del ser humano, toda vez que cosas como el ingenio militar o cualquier otra habilidad práctica pueden ser empleadas de manera justa y provechosa o pueden servir de instrumento para llevar a cabo acciones injustas (*Ret.*, 1355b 2-10). Así, por ejemplo, el talento militar puede ser utilizado para actuar provechosamente en relación con las iniciativas bélicas que resultan necesarias ante una agresión injustificada; empero, dicha capacidad práctica también puede también ser usada para llevar a cabo acciones injustas por medio de cruentas iniciativas de agresión, ya que, como se ha dicho, todo bien práctico puede ser potencialmente usado para fines mezquinos o nocivos si así se quiere. En consecuencia, la proscripción de la retórica por su eventual abuso nos llevaría también al absurdo de desestimar buena parte de las ventajas prácticas, en el entendido de que la mayoría de ellas pueden eventualmente ser empleadas para llevar a cabo acciones nocivas o injustas. Así las cosas, el argumento concerniente a la especial inclinación de la retórica hacia la injusticia y la manipulación no solamente parte de una visión estrecha de la utilidad del discurso retórico, sino que también puede ser refutada a través del potencial abuso de que son susceptibles la mayoría de las habilidades prácticas.

2.3. Resumen

Tradicionalmente, se han presentado dos objeciones fundamentales al estudio de la retórica, entendida como la facultad de conocer los mecanismos de persuasión para cada situación. Por una

parte, la retórica se ha considerado una actividad irrelevante por su desinterés en relación con el problema de la verdad; por otra parte, el estudio teórico del discurso retórico se ha sugerido como proclive a la injusticia, ya que puede ser usado para manipular a las personas. Esta situación parece haber llevado al asentamiento de dos ideas relacionadas con el arte de lo persuasivo que subyacen al tinte negativo adquirido por el concepto de retórica: la noción de que el discurso retórico carece de valor teórico porque se restringe a un conocimiento superficial de las cosas y la idea de que el estudio de la retórica resulta inconveniente para la vida práctica. Esto ha generado una devaluación de la retórica a la luz de la historia de la filosofía y, en general, del pensamiento humano.

En contraposición a este punto de vista, Aristóteles propone una interpretación distinta de la retórica, de forma tal que su aproximación puede interpretarse como un intento de responder a las objeciones frecuentemente articuladas alrededor del discurso retórico. En opinión del Estagirita, el estudio de la retórica no se limitaría simplemente a la adulación y a la satisfacción de los auditorios, sino que también perseguiría la persuasión a través del discurso racional del interlocutor. Además, al arte de la retórica no le sería exigible alcanzar un conocimiento más allá de las opiniones plausibles, porque precisamente su objeto de estudio son los argumentos vinculados a la vida práctica de los seres humanos, esto es, los asuntos discutibles que no son susceptibles de demostración en términos de evidencias científicas o verdades apodícticas. Por último, la retórica aristotélica no estaría dirigida únicamente a servir como una herramienta para el abuso del orador, toda vez que también proporcionaría las herramientas conceptuales para que los ciudadanos puedan juzgar adecuadamente el uso que el orador hace del discurso. Así pues, la retórica también concerniría a la educación del auditorio frente a los usos viciados de la palabra. Es así que la noción de retórica presentada por Aristóteles se erigiría como una defensa de la retórica cuya base radica en una interpretación alterna de sentido teórico y práctico de este arte.

3. SOBRE EL CONCEPTO DE RETÓRICA EN ARISTÓTELES

Como se ha expresado con anterioridad, Aristóteles define *grosso modo* la retórica como la capacidad de teorizar sobre lo que resulta persuasivo –*tò pithanón*- para cada caso (*Ret.*, 1355b 25-26). Con todo, una aproximación más detallada a la retórica aristotélica parece yacer en el vínculo que el filósofo griego establece entre el discurso dialéctico y el discurso retórico a través de su *Retórica* (1354a 1-4; 1356a 26-27). Dicha relación parece constituir la piedra toque en relación con el concepto aristotélico de retórica, pues, a diferencia del enfoque defendido por Platón en *Gorgias*, Aristóteles parece subrayar la importancia del rol que la retórica cumple al ser un vinculado con otra forma de razonamiento más cercana a la tradición filosófica: la dialéctica. En estas circunstancias, Aristóteles afirma que la retórica es análoga –*antístrophos*- al arte argumentativo de la dialéctica (*Ret.*, 1354a 1; Gasché, 2010, p. 31; Pernot, 2013, p. 69), de modo que las primeras líneas de la *Retórica* señalan expresamente las similitudes que existen entre estas dos prácticas aparentemente excluyentes entre sí para la tradición filosófica: la dialéctica especulativa propia del filósofo y la retórica característica del orador. Con el fin de hacer dicha relación aún más patente, Aristóteles más adelante reitera que la retórica es una ramificación –*paraphués*- de la dialéctica (*Ret.*, 1356a 25 - 28), en el sentido de que el estudio de aquella se construye sobre bases conceptuales que resultan comunes a la teoría concerniente al razonamiento dialéctico (Rapp, 2009, pp. 580 - 581).

Así las cosas, la retórica y la dialéctica constituyen aproximaciones teóricas a fenómenos semejantes de acreditación racional cuya diferencia radicaría *prima facie* en que esta última se limita principalmente al uso privado y conversacional del lenguaje, mientras que la retórica alude

al uso público y colectivo del lenguaje (Brunschwig, 1996, p. 36; Perelman, 1997, p. 23). Sin embargo, la noción de retórica desarrollada por Aristóteles no solamente se caracterizaría por teorizar los discursos dirigidos a un auditorio plural, sino también por abarcar el estudio de diversos medios de persuasión y por la clase de temas susceptibles de deliberación en el marco del discurso retórico. En consecuencia, una delimitación conceptual más precisa de la retórica aristotélica supone un acercamiento a las semejanzas y diferencias de ésta con la dialéctica, a través de las nociones empleadas por Aristóteles para abordar el estudio teórico de ambas artes.

3.1. Características generales la retórica aristotélica

El hecho de que Aristóteles postule una cierta relación de semejanza entre la retórica y la dialéctica supone que ambas aproximaciones al razonamiento no demostrativo comparten al menos tres aspectos generales: por una parte, la retórica y la dialéctica son artes *-téchne-* que no conciernen a ninguna ciencia o disciplina en específico; por otra parte, ambas son artes compartidas *-koiná-* entre los seres humanos, de forma tal que toda persona está en la capacidad de involucrarse en la argumentación dialéctica o retórica; finalmente, estas dos aproximaciones al razonamiento humano producen argumentos sobre la base de opiniones meramente plausibles *-éndoza-*. De ahí que pueda afirmarse que el estudio de la retórica aristotélica responde parcialmente al análisis de los razonamientos no demostrativos que hace la dialéctica, aun cuando no se equipare totalmente a ésta.

3.1.1. La retórica constituye un arte

La idea de retórica que es defendida por Aristóteles indica principalmente que ésta, al igual que la dialéctica, ostenta el rango epistemológico de arte *-téchne-* (*Ret.*, 1354a 8-13), de tal suerte

que los discursos retóricos podrían ser estudiados, conceptualizados e incluso mejorados a partir de la observación teórica (Brunschwig, 1996, pp. 38 - 39). Lo anterior supone que la práctica retórica sería, de acuerdo al concepto de arte adoptado por Aristóteles en la *Ética Nicomáquea*, “(...) un modo de ser productivo acompañado de razón verdadera (...)” (1140a 18-20). En otras palabras, la *poíesis* del discurso persuasivo por parte del orador puede ser objeto de teoría y racionalización, de tal manera que el empleo adecuado de los medios de persuasión puede ser comprendido, reproducido e incluso optimizado a través de la abstracción de las razones que inciden en el éxito o el fracaso del discurso retórico. Por lo tanto, así como el estudio de la dialéctica proporcionaría un método general a través del cual razonar a propósito de cualquier problema propuesto en relación con asuntos plausibles (*Tóp.*, 100a 15-20), el arte de la retórica sugeriría un método para entender la forma en la que los diversos medios de persuasión pueden ser usados con el fin de conseguir la adhesión del auditorio en torno a un asunto en específico.

En este sentido, la retórica y la dialéctica son igualmente técnicas relativas al discurso no demostrativo, por cuanto ambas no se limitan a dar cuenta de la argumentación en los términos singulares de cada caso concreto, sino que se encargan de abstraer las razones más generales detrás de la individualidad de cada producción argumentativa. En efecto, como bien lo señala Aristóteles (*Ret.*, 1356b 30 - 40), el arte de la retórica no se encarga únicamente de vislumbrar lo que resultaría persuasivo para Sócrates o Hipias; por el contrario, la retórica se encargaría de dilucidar lo que resultaría persuasivo para los hombres en situaciones similares a la de Sócrates o Hipias. De ahí que el arte de lo persuasivo se halle en un plano intermedio entre la singularidad de la experiencia –*empeiria*– y la universalidad del conocimiento científico –*episteme*–. Así las cosas, un buen orador se vale tanto de las experiencias individuales, como de la abstracción racional con el fin de vislumbrar las pautas generales de la persuasión (Berti, 2008, pp. 159 - 160).

Como consecuencia de su carácter técnico, el arte relativo a la facultad de discernir los mecanismos de persuasión disponibles en cada situación puede ser objeto de enseñanza, toda vez que el acto mismo de la persuasión retórica es susceptible de ser articulado en términos de un patrón sistemático y racional, esto es, como un método general (Brunschwig, 1996, pp. 38 - 39). Precisamente, la enseñanza de estas pautas metodológicas era lo que perseguía la educación retórica en la Grecia clásica. Para tal fin, por ejemplo, los expertos en retórica enseñaban las nociones más generales en relación con los medios de persuasión empleados y, posteriormente, abordaban el análisis y la discusión de las razones que subyacen al éxito o fracaso de diversos discursos retóricos en particular (Pernot, 2013, p. 66). Resumiendo, de acuerdo a la noción aristotélica, la facultad de conocer los medios de persuasión no es un asunto librado al azar que ocurre solamente de forma espontánea con ocasión del talento innato de algunos hombres. Antes bien, al igual que cualquier otro arte, el ejercicio del discurso retórico puede ser analizado racionalmente y teorizado de manera consecuente, de modo tal que cualquier persona puede acceder al conocimiento de los medios de persuasión a través de la debida instrucción.

3.1.2. La retórica concierne a las opiniones plausibles

Sumado al hecho de que Aristóteles define la capacidad para discernir lo persuasivo como un arte, su noción de retórica constituye una aproximación teórica a una forma de razonamiento cuyo objeto de estudio son los argumentos relacionados con opiniones plausibles –*éndoxa*-. Así pues, el campo de la retórica concierne exclusivamente, como bien lo señala Aristóteles (*Ret.*, 1404a 1-2), al universo de las opiniones, en contraposición a los asuntos propios de los razonamientos verdaderos e indiscutibles. En este sentido, el Estagirita acepta explícitamente que el estudio de lo persuasivo tiene relación con las discusiones alrededor de las opiniones plausibles

de los seres humanos, de modo tal que la racionalidad retórica se estructuraría sobre la base de aquellas consideraciones que, al igual que en el caso de la dialéctica, “(...) parecen bien a todos, o a la mayoría, o a los sabios, y, entre estos últimos, a todos, o a la mayoría, o a los más conocidos y reputados. (...)” (*Tóp.*, 100b 21-23). Por tal razón, las opiniones plausibles de que trata la retórica se erigirían a manera de interludio entre el conocimiento derivado de cosas verdaderas y primordiales *-epistéme-* y lo que cualquiera puede decir o la simple opinión *-dóxa-*. En otras palabras, la retórica aristotélica desarrolla una noción de racionalidad que no pretende dar cuenta de los razonamientos sobre la base del verdadero conocimiento de las cosas en sí mismas, sino que buscaría discutir los razonamientos que tienen lugar con ocasión de las opiniones reputadas que preexisten en la mente de las personas frente a uno u otro asunto.

Dado el carácter meramente plausible de las opiniones empleadas por la retórica, la fuente de los discursos retóricos no está llamada a trascender en el tiempo y en el espacio, sino que es por definición circunstancial, puesto que las opiniones plausibles sobre las que se construyen sus argumentos corresponden a razonamientos *in situ*. Dicho de otro modo, la retórica aristotélica se traduce en “(...) la capacidad de presentar un argumento que es inherentemente persuasivo, no una vez y para siempre, sino en y para una situación particular (...).” (Gasché, 2010, p. 60). Lo anterior alude directamente a la presunta oposición entre la verdad definitiva de las cosas y la inestabilidad de las meras apariencias, puesto que, mientras las verdades objetivamente demostrables parecerían permanecer en el tiempo y en el espacio, la forma en que los seres humanos emiten juicios y opiniones sobre el mundo parece cambiar constantemente. De ahí que la retórica aristotélica no pretende dar cuenta de la noción última de lo bueno, lo justo o lo bello, sino que persigue construir consensos sobre la base provisional de lo que la gente considera que es lo bueno, lo justo o lo bello (Rapp, 2009, pp. 585 – 588).

Así, por ejemplo, un razonamiento plausible en la Grecia clásica podría estar justificado sobre la opinión reputada de que es perfectamente justo que exista una exclusión de la vida política respecto de mujeres y esclavos (Kitto, 2004, p. 270; Finley, 1962, p. 10). Con todo, esta idea plausible en la antigüedad no constituiría contemporáneamente una base sólida sobre la cual construir un discurso exitoso en términos retórico, debido a que esa situación entraría en contradicción con algunas de las opiniones ampliamente reputadas en tiempos contemporáneos. Por consiguiente, cuando Aristóteles (*Ret.*, 1355b26) define la retórica como la facultad de vislumbrar lo persuasivo para cada caso, el filósofo griego también está señalando que el razonamiento retórico, a diferencia del filosófico o el científico, no tiene la ambición de trascender en el tiempo y en el espacio al establecer un conocimiento último y definitivo, pues el discurso persuasivo se reconoce limitado por las circunstancias específicas en las que los seres humanos emiten juicios y determinan consecuentemente su curso de acción.

3.1.3. La retórica es una capacidad común a todo ser humano

Por último, la retórica tiene por objeto de estudio un cierto tipo de capacidad –*dúnamis*- que es común –*koiná*- a todo ser humano, ya que, como arguye bien el Estagirita (*Ret.*, 1354a 1-6), todos eventualmente se ven en la necesidad de defender sus puntos de vista o cuestionar los puntos de vista ajenos. Este rasgo indudablemente estrecha los lazos de semejanza entre las artes de la retórica y la dialéctica, toda vez que la dimensión intersubjetiva de la dialéctica hace de ésta una capacidad de la que se pueden valer todos los seres humanos. Así pues, en contraposición a la idea general de que el estudio del discurso retórico solamente adquiere relevancia para los oradores, Aristóteles subraya de esta manera el hecho de que la persuasión es probablemente una de las actividades más características del ser humano, de modo que el estudio de aquello que induce al

éxito o al fracaso del razonamiento retórico no solamente atañe a quien ejecuta un discurso, sino también a quien está llamado a juzgar la argumentación planteada (Gasché, 2010, pp. 55-57). Por consiguiente, el estudio de artes como la retórica y la dialéctica se relacionaría principalmente con la tarea general de teorizar, comprender y enriquecer el análisis del discurso persuasivo en términos generales.

En estas circunstancias, una aproximación teórica al fenómeno de la retórica puede ser útil no solamente para los oradores que indudablemente están interesados en la efectividad del discurso persuasivo, sino también para las personas del común que están llamadas a juzgar la labor del orador. De ahí que, así como puede decirse que el estudio de la dialéctica no está diseñado para un tipo especial de persona, la retórica resulta ser un asunto compartido por todo ser humano, porque el uso de la palabra para efectos argumentativos es uno de los rasgos propios del hombre (*Ret.*, 1355b1-5). Bajo esta perspectiva, la retórica tendría una vocación general en relación con la formación del criterio cívico cuya utilidad radicaría en la función de evaluar de la manera más adecuada posible los razonamientos que son usados a diario en el marco de la vida humana⁸, ya que, al igual que la dialéctica, un conocimiento de la racionalidad retórica permitiría al auditorio evidenciar el uso viciado del discurso (Berti, 2008, p. 171). Por mejor decir, la función práctica de la retórica no se restringe al uso privado que ésta hace el orador, habida cuenta de que el análisis del discurso persuasivo adquiere una dimensión común a todos en tanto que, en el más elemental de los casos, sirve para formar el criterio del auditorio cuya persuasión pretende alcanzar el orador.

⁸ En este sentido, como bien lo expone Sabine (1994, pp. 38 - 39), el ejercicio de la vida pública durante los tiempos de Aristóteles suponía un cierta confianza en que cualquier ser humano, sin necesidad de ser un especialista o una persona particularmente talentosa, podía formarse un juicio práctico apropiado en materias políticas.

3.2. Características específicas de la retórica aristotélica

Así como la retórica comparte ciertos rasgos generales con la dialéctica, la noción de retórica en el pensamiento de Aristóteles también conserva ciertas diferencias específicas que delimitan su naturaleza como un arte conceptualmente independiente que estudia el razonamiento humano. A diferencia de la dialéctica, la retórica se ocuparía exclusivamente de deliberar sobre asuntos prácticos, concretamente de los asuntos cuya ocurrencia depende la decisión humana. Así mismo, el estudio del arte de la retórica implica el análisis de ciertos elementos no propiamente racionales de lo persuasivo que resultan totalmente ajenos al campo teórico de la dialéctica. Finalmente, el razonamiento retórico opera fundamentalmente a través del discurso colectivo, en contraposición a la dialéctica, caracterizada por consistir en el uso privado y conversacional del lenguaje. Con base en estas características específicas, resulta posible afirmar que la retórica no se subsume del todo en el estudio de la racionalidad no demostrativa, sino que adquiere un particular talante político del que carece el arte de la dialéctica.

3.2.1. La retórica se ocupa solamente de ciertos asuntos susceptibles de deliberación

A pesar de que la retórica y la dialéctica constituyen artes que “(...) no son identificables con el conocimiento de un asunto en específico (...)” (Gasché, 2010, p. 71), Aristóteles admite que el razonamiento retórico no es adecuado para aproximarse a toda clase de problemas. Lo anterior, ya que la retórica aristotélica se encuentra estrechamente relacionada con el ejercicio de la deliberación *-bouleusis-*, es decir, con la capacidad de razonamiento que tienen los seres humanos a propósito de la elección de los medios prácticos para alcanzar un fin propuesto (Berti, 2008, p. 146). Consecuentemente, el campo de acción del discurso retórico se restringe a ciertos asuntos

que son susceptibles de deliberación. En palabras del Estagirita sobre los asuntos de que trata la retórica:

“(…) deliberamos [*bouleuómetha*] sobre lo que parece que puede resolverse de dos modos, ya que nadie da consejos sobre lo que él mismo considera que es imposible que haya sido o vaya a ser o sea de un modo diferente, pues nada cabe hacer en esos casos. (*Ret.*, 1357a. 5 - 10)

En efecto, Platón (*Fed.*, 263a) ya había notado que la retórica tiene lugar con ocasión de una cierta clase de asuntos que no son del todo claros y sobre los que existe, por consiguiente, un cierto grado de disentimiento que habilita el discurrir alrededor de diversas posibilidades, habida cuenta de que no es lo mismo razonar sobre cosas demostrables como las propiedades del hierro que sobre asuntos álgidamente disputados como la naturaleza de lo justo o lo injusto. Lo anterior se traduce, según la opinión de Aristóteles (*Ret.*, 1359a 30–39), en que la retórica no está diseñada para discernir: por una parte, sobre lo que necesariamente es o será; por otra parte, sobre lo que es imposible que exista o llegue a existir; finalmente, sobre las cosas que, pudiendo existir o no, ocurren por razones naturales o por azar. Por ende, el arte de la retórica involucra únicamente el análisis de aquellos asuntos de carácter contingente cuya ocurrencia depende de los seres humanos, esto es, los asuntos que, como bien dice el Estagirita (*Ret.*, 1359a 39 - 41), “(…) se relacionan propiamente con nosotros y cuyo principio de producción está en nuestras manos (…)”. Dicho de otro modo, la retórica aristotélica “(…) concierne a asuntos prácticos de vital importancia para los ciudadanos, asuntos, más precisamente, que están dentro de su alcance o poder.” (Gasché, 2010, p. 48). Así las cosas, corresponde a la retórica aristotélica el dar cuenta de los razonamientos empleados a propósito de asuntos contingentes, contribuyendo con ello a la articulación de los juicios prácticos que se estructuran en el contexto deliberativo. Es así que puede considerarse a la

retórica, de acuerdo con la delimitación hecha por el Estagirita, como la capacidad para discernir los medios de persuasión en relación con los juicios prácticos que tiene lugar en el contexto de procesos de deliberación (Johnstone, 1980, p. 6).

Dadas estas circunstancias, el arte correspondiente al discurso retórico carece de relación alguna con los objetos propios de la demostración científica o de las especulaciones trascendentales. Por el contrario, este arte se enfoca en analizar las decisiones prácticas en términos concretos, específicamente los razonamientos basados en opiniones plausibles que utilizan los seres humanos para justificar los diversos cursos de acción posibles para alcanzar un fin determinado. En este orden de ideas, la opinión de Aristóteles sugiere una delimitación funcional de la retórica a aquellos asuntos prácticos cuya determinación corresponde a los seres humanos a través de la deliberación. Mejor dicho, en tanto que la dialéctica provee un método para discusiones que abarcan cualquier tipo de problema, incluidas las cuestiones más trascendentales alrededor de los fundamentos axiomáticos de las distintas ciencias y disciplinas del conocimiento una vez que estas devienen en cuestionables (*Tóp.*, 101a 25-101b 5), la argumentación retórica tiene un rango de aplicación específico que está circunscrito al campo de la razón práctica, entendida como la deliberación alrededor de la acción humana (Johnstone, 1980, p. 12). Así las cosas, la retórica aristotélica no se encargaría de proveer un método universal para la discusión de cualquier clase de opiniones plausibles, sino que abordaría fundamentalmente un tipo específico de asuntos que son susceptibles de deliberación humana con propósito de determinar un curso concreto de acción. Esto explica, por lo tanto, el hecho de que la retórica no tenga “(...) por fin únicamente la adhesión puramente intelectual: ella busca muy a menudo, incitar a la acción, o, por lo menos, crear una disposición a la acción (...)” (Perelman, 1997, p. 32).

3.2.2. La retórica involucra las pasiones del auditorio y el carácter del orador

Aun cuando el arte de la retórica esté relacionado principalmente con el uso de razonamientos no demostrativos que buscan persuadir al auditorio, la retórica aristotélica abarca otros aspectos de lo persuasivo que no necesariamente están ligados a uso de la racionalidad. Efectivamente, Aristóteles ha hecho una distinción conceptual en torno a los posibles mecanismos *-písteis-* para lograr la persuasión (*Ret.*, 1355b 35 y ss.): de un lado, ciertos medios de persuasión que resultan ajenos al arte *-átechnoi-*, puesto que están dados sin intervención de la teoría de la retórica y de los que simplemente se vale el orador; de otro lado, los medios de persuasión que efectivamente conciernen a la técnica de la retórica *-éntechnoi-*, toda vez que su producción tiene lugar con ocasión de la actividad del orador (Grimaldi, 1980, p. 38). Entonces, si bien un orador puede valerse de elementos persuasivos que son ajenos su labor retórica y le son dados con anterioridad, lo cierto es que el arte de la retórica únicamente se ocupa de aquellos elementos persuasivos que son producidos por el orador a través de su técnica (Gasché, 2010, pp. 62 – 63).

A propósito de las *písteis éntechnoi* o los medios de persuasión relativos al arte de la retórica, Aristóteles (*Ret.*, 1356a 1 - 5) postula tres clases de mecanismos para la lograr persuasión de un auditorio: unos elementos persuasivos relativos al carácter *-êthos-* del orador, otros relativos a la disposición del auditorio en relación con sus pasiones *-páthos-* y, finalmente, los medios de persuasión concernientes al discurso racional *-lógos-* en sí mismo. Por una parte, los medios de persuasión relativos al carácter del orador son aquellos a través de los cuales el orador se hace digno de crédito ante el auditorio; por otra parte, los medios técnicos de persuasión correspondientes a la disposición del oyente suponen la posibilidad de generar una cierta disposición pasional entre el auditorio; finalmente, los medios persuasivos relativos al discurso implican el uso del razonamiento no demostrativo *stricto sensu*. (*Ret.*, 1356a 5 – 20). En este

sentido, al igual que cualquier otro ejercicio de la razón práctica y la toma de decisiones por parte de los seres humanos, la actividad persuasiva de la retórica se mueve entre la racionalidad del discurso y los elementos persuasivos de orden extra racional, como las pasiones del auditorio y el carácter del orador (Johnstone, 1980, pp. 7 – 10).

A manera de ejemplo, no es lo mismo que un discurso en torno a la decisión de ir o no a la guerra sea defendido por un hombre de reconocida sabiduría práctica en relación con los asuntos bélicos y políticos a que el mismo razonamiento sea argüido por un orador desprestigiado con relación a su juicio práctico para los asuntos de la guerra y la paz. Resulta evidente que, en el primer caso, el argumento retórico tendrá un mayor grado de persuasividad en virtud de la confianza que inspira el carácter del orador entre auditorio, aun cuando la sola credibilidad del orador no sea en sí misma suficiente para generar la persuasión e incitar a la acción esperada. Por lo tanto, la noción aristotélica del discurso retórico parece admitir un hecho ya dado en la deliberación colectiva: que la razón no es el único elemento persuasivo para el éxito de un argumento, aun cuando es el mecanismo de persuasión más importante.

Desde esta perspectiva, cualquier consideración en torno al discurso retórico debe tener en cuenta no solo el contenido en sí mismo de los razonamientos empleados, sino que una aproximación holística al arte de la retórica debe también abordar otros aspectos no estrictamente discursivos que son propios de la persuasión, entre ellos, la influencia de las pasiones o la credibilidad del orador en el auditorio. Así las cosas, un artista de la retórica debe ser versado no solamente en razonamiento silogístico, sino también en el conocimiento teórico de las pasiones que pueden suscitar la persuasión del auditorio, así como en el efecto que tiene el carácter para la

credibilidad del orador ante el auditorio.⁹ Lo anterior resulta justificado por el hecho de que, en el contexto de la retórica aristotélica, estos tres medios de persuasión *-písteis-* están en entrelazadas y cumplen una función interdependiente con ocasión del discurso retórico (Gasché, 2010: 69).

Consecuentemente, en tanto la dialéctica concierne únicamente al funcionamiento lógico del discurso, la retórica abarca un espectro más amplio de acción a propósito de los medios de persuasión *-písteis-* que involucra aspectos más allá del razonamiento no demostrativo (Berti, 2008: 169). Sin embargo, a diferencia de autores precedentes cuya aproximación a la retórica se centró alrededor de los elementos no racionales de la persuasión (Aristóteles, 1990, 1354a 17: Gasché, 2010: 28-29), el Estagirita no enfatiza en estos elementos ajenos al *logos*, sino que considera el razonamiento silogístico, particularmente el uso de entimemas y ejemplos, como el verdadero núcleo de la actividad retórica (Aristóteles, 1990, 1355a 3 – 15). Así, por ejemplo, parece razonable concluir que, a pesar de ser pronunciado por el más reputado de los oradores frente al más apasionado de los auditorios, un argumento completamente inconsistente o basado en opiniones totalmente desprestigiadas sería difícilmente considerado un argumento persuasivo. Dicho de otro modo, podría decirse que la consistencia lógica constituye la causa principal que produce el éxito o el fracaso de un discurso retórico, aun cuando otros elementos de persuasión puedan influir en la fuerza del argumento empleado. Así las cosas, si bien es cierto que el arte de la retórica incluye elementos no racionales para lograr la persuasión del auditorio, en opinión de

⁹ Ahora bien, esta interpretación de la *Retórica* de Aristóteles, al incluir aspectos no racionales en el análisis del discurso retórico, ha estado tradicionalmente rodeada de controversias. En efecto, la retórica aristotélica ha sido constantemente señalada de incurrir en una contradicción patente al postular, por una parte, el rol que cumplen las pasiones en el discurso persuasivo, en tanto que, por otra parte, aborda el discurso persuasivo como un arte relacionado principalmente con el razonamiento humano (Dow, 2007, pp. 382 - 383; Brunschwig, 1996, p. 45). Sin embargo, la interpretación más plausible contemporáneamente no parece consistir en aceptar el carácter contradictorio de la *Retórica* de Aristóteles, sino postular el ejercicio del discurso retórico en Aristóteles como un asunto fundamentalmente relacionado con la razón práctica, esto es, con el proceso a través del cual la razón busca guiar a las pasiones y, por ende, provocar elección razonada de medios para alcanzar un fin propuesto (Johnstone, 1980, p. 7 – 10; Gasché, 2010, pp. 67 - 68)

Aristóteles, el discurso retórico sigue siendo un tema primordialmente vinculado al razonamiento dialéctico más allá del adorno externo del discurso (Berti, 2008: 181).

3.2.3. La retórica concierne al uso público y colectivo del lenguaje

En términos generales, el arte de la oratoria puede ser definido como una clase de discurso que se despliega en relación con un auditorio plural (Finley 1962, p. 12), de manera que, como bien lo han señalado reiteradamente varios intérpretes de la retórica aristotélica (Brunschwig, 1996, p. 36; Perelman, 1997, p. 23), la elucidación hecha por Aristóteles en torno a la operación concreta del discurso retórico se relaciona directamente con el uso público y colectivo del lenguaje, en contraposición al diálogo privado y antilógico propio de la dialéctica. En efecto, el arte de la dialéctica parece caracterizarse necesariamente por la controversia de argumentos entre el interrogador y su oponente, ya que la aproximación teórica de Aristóteles a esta forma de razonamiento parece haber estado inspirada en la práctica del diálogo discursivo entre dos interlocutores en torno a un problema dado (Berti, 2008, p. 38). Por el contrario, la retórica aristotélica se materializa a través de la exposición pública y colectiva en la que se busca sostener un punto de vista relativo a la vida práctica, acudiendo para ellos a las opiniones que resultarían más plausibles para el auditorio en general, toda vez que dicha aproximación teórica estaba inspirada directamente en la práctica del discurso frente a un auditorio plural (Brunschwig, 1996, p. 36). Resumiendo, “(...) puesto que el razonamiento dialéctico es dialógico, los argumentos opuestos son distribuidos entre el interrogador y su oponente. Este no es el caso de la retórica, en la que la meta es proporcionar razones para realizar acciones específicas.” (Gasché, 2008, p. 54)

Por tal motivo, mientras que el arte de la dialéctica requiere necesariamente afrontar un problema propuesto a través de la necesaria pluralidad de argumentos, la puesta en escena del arte de la retórica se enfoca principalmente en presentar elementos de persuasión alrededor de un punto de vista que pretende erigirse sobre las opiniones más plausibles entre el común de las personas. Lo anterior supone, sin lugar a dudas, un contexto notoriamente diferente en relación con la ejecución práctica del arte de la retórica. Por ende, la situación concreta en que ocurre el discurso retórico conlleva ciertas consideraciones especiales, por ejemplo, en relación con el hecho de que el orador debe presentar su punto de vista sobre un problema práctico en particular de la manera más directa posible, de modo tal que se evite incurrir en las largas cadenas argumentativas de las que se valen otras formas de razonamiento como la ciencia y que resultarían ineficaces frente a los grandes auditorios. En suma, parece que la puesta en escena sobre la que se inspira la dialéctica sería aquella del diálogo privado a través de preguntas y respuestas, mientras que la retórica se inspiraría en la práctica del discurso continuo (Pernot, 2013, p. 97), en el sentido de que ésta última práctica supone sostener un argumento cuyo destino es ser sometido a consideración de todos.

3.3. Sobre la dimensión política que adquiere la retórica aristotélica

Una vez establecido el sentido general de la retórica aristotélica, parece claro que el arte relativo al conocimiento de lo persuasivo conserva ciertos rasgos específicos que lo hacen distinto al arte de la dialéctica, pero que, al mismo tiempo, acercan la retórica al saber práctico de la política. De hecho, Aristóteles parece dar un paso por fuera de la dialéctica al especificar de manera más precisa la noción de retórica en términos eminentemente políticos. En palabras del Estagirita:

“(…), puesto que las pruebas por persuasión se hacen posibles por estos (procedimientos), resulta evidente que obtener estas tres clases de pruebas es propio

de quien tiene la capacidad de razonar mediante silogismos y de poseer un conocimiento teórico sobre los caracteres, sobre las virtudes y, en tercer lugar, sobre las pasiones (o sea, sobre cuáles son cada una de tales pasiones, qué cualidad tienen y a partir de qué y cómo se producen), de manera que acontece a la retórica ser como un esqueje [*–paraphués–*] de la dialéctica y de aquel saber práctico sobre los caracteres al que es justo denominar política. (...)” (*Ret.*, 1356a 20 – 27)

En efecto, si se tiene en cuenta el hecho de que la retórica aristotélica se caracteriza por el estudio de los medios de persuasión técnicamente empleados por el orador, estos medios de persuasión no solamente involucran el discurso no demostrativo que es analizado por la dialéctica aristotélica, sino que también implican otros elementos más allá del discurso lógico, como el impacto de las pasiones del auditorio o del carácter del orador en el discernimiento de lo persuasivo. Así las cosas, el campo de acción de la retórica aristotélica no se agota con el análisis de las argumentaciones dialécticas. Antes bien, el discurso retórico en Aristóteles implica, además, un cierto tipo de saber práctico relacionado con la ética y más exactamente con la política, por cuanto éstas abarcan los asuntos concernientes al carácter y las pasiones de los seres humanos. Por tal razón, la retórica aristotélica puede ser considerada al mismo tiempo una rama *–paraphués–* tanto de la dialéctica que está enfocada en el estudio de los discursos no demostrativos, como de la política que involucra el estudio de los caracteres y las pasiones humanas (Berti, 2008, p. 175; Gasché, 2010, p. 71; Grimaldi, 1980, pp. 44 y 45). En consecuencia, resulta evidente que el estudio de la retórica no se subsume totalmente en el arte de la dialéctica, puesto que la primera supone elementos de estudio que desbordan a la segunda.

Sumado al hecho de que la teoría acerca del discurso retórico supone dar cuenta de aspectos persuasivos más allá del razonamiento lógico, la retórica aristotélica adquiere un claro talante político en relación con los asuntos de que trata, toda vez que, como se expuso anteriormente, los

temas de que se ocupa el discurso retórico se circunscriben indudablemente al ámbito de la vida práctica, más concretamente a la decisión de aquellos problemas contingentes que se encuentran al alcance o bajo el poder de la voluntad humana (Gasché, 2010, p. 48; Johnstone, 1980, p. 12). Dicho de otro modo, la retórica también coincide con la política, por cuanto ambas emprenden del estudio de aquellas cosas que son solamente contingentes, dado que dependen de la elección humana. La estirpe política de la retórica parece confirmada, finalmente, por el hecho de que el carácter público y colectivo del discurso retórico se contrapone a la práctica privada y conversacional de la dialéctica (Pernot, 2013, p. 97). En este sentido, la operación concreta del discurso retórico confluye con el funcionamiento de la racionalidad política que tiene lugar, precisamente, en el contexto de la deliberación colectiva, superando, e incluso se contraponiéndose, al ámbito del diálogo privado de carácter especulativo. En suma, la retórica aristotélica resulta ser un arte que se traslapa no solamente con la dialéctica en cuanto relativa al ejercicio de los razonamientos no apodícticos, sino que también se entrelaza con la política correspondiente al estudio de las decisiones contingentes de los seres humanos, así como al ejercicio público del discurso que busca la persuasión de todos o la mayoría.

Ahora bien, la naturaleza híbrida de la retórica, consistente en el hecho de ser el arte de la persuasión que oscila entre la dialéctica relativa al *lógos* y la política relacionada con el *êthos* y el *páthos*, permitiría abordar la capacidad para discernir lo persuasivo a través del conocimiento dialéctico y político. Efectivamente, la experticia en el saber práctico de la política, aunada al buen manejo de los razonamientos no apodícticos de la dialéctica, constituyen la base de un buen artista del discurso persuasivo de que trata la retórica. En sentido contrario, también la experticia en el arte de la retórica permitiría aproximarse al saber práctico de que trata la política, así como al uso de racionalidad dialéctica. En este orden de ideas, la retórica aristotélica no solamente presentaría un camino *-méthodos-* relativo al uso de los medios de persuasión, especialmente en relación con

el empleo de razonamientos no apodícticos, sino que también abriría una ventana al saber práctico de la política. Así pues, la retórica aristotélica alude al menos parcialmente a la política, es decir, a la pregunta que se relaciona por el discernimiento de las cosas buenas y justas respecto de la convivencia humana.

En este orden de ideas, el estudio de la retórica contiene *in nuce* algunas de las pautas generales en relación con la racionalidad política. Por un lado, la noción de retórica defendida por Aristóteles permite entrever que, estando los razonamientos no apodícticos basados en opiniones meramente plausibles, el análisis de la política no se relaciona con asuntos que pueden ser decididos bajo los parámetros de cosas verdaderas y necesarias, como sería el caso de los razonamientos científicos o apodícticos, sino que toma la forma de una aproximación a los argumentos plausibles que resultan persuasivos con ocasión de asuntos meramente contingentes en poder de los seres humanos. De otro lado, si bien la retórica involucra primordialmente el uso del *lógos* por parte del orador que pretende persuadir a su auditorio, la aproximación de Aristóteles al discurso persuasivo permite colegir que diversos elementos, como las emociones del auditorio¹⁰ y el carácter del orador, también están llamadas a tener un rol práctico en la consecución de la persuasión. Abordada desde esta perspectiva, el saber práctico de la política se relaciona con la decisión de asuntos contingentes sobre la base de argumentos plausibles en los que influye no solamente el discurso racional, sino también las pasiones y el *êthos* de los seres humanos.

¹⁰ En este punto, vale la pena precisar que el aparato conceptual que propone la retórica aristotélica, aun cuando se trate de un arte compartido por todos, parece tener por objetivo central una cierta clase de auditorio. En efecto, el arte del discurso retórico parece estar dirigido fundamentalmente a lograr la persuasión de los hombres comunes, es decir, de aquellos que difícilmente pueden verse inmiscuidos en las complejas cadenas argumentativas de las distintas disciplinas científicas o de los debates dialécticos (Gasché, 2010, pág. 57).

3.4. Resumen

La retórica ha sido considerada por Aristóteles en estrecha relación con la dialéctica, de manera tal que ambas formas de razonamiento guardan una relación analógica que permite su análisis teórico de manera conjunta hasta cierto punto. Así las cosas, el discurso retórico constituye un arte *-téchne-*, puesto que la producción *-poíesis-* de lo persuasivo *-tò pithanón-* puede ser analizada, comprendida, enseñada y mejorada a través de un método racional y sistemático. En este mismo sentido, la retórica se erige como una posible aproximación teórica al discurso no demostrativo, ya que sus fundamentos tienen relación con las opiniones reputadas entre las personas *-éndoxa-*, esto es, con las creencias que no tienen la pretensión de establecerse como aproximaciones al conocimiento indiscutible y verdadero de los razonamientos científicos. Finalmente, la retórica confluye con la dialéctica en el hecho de que ambas artes apuntan a una de las actividades comunes *-koiná-* a la calidad de ser humano: la persuasión por medio de la palabra. Por tal razón, el estudio de la retórica no solamente concierne al orador inmiscuido en la elaboración o ejecución de discursos retóricos, sino que necesariamente incumbe a todo ser humano.

Sin embargo, el estudio de la retórica tiene un campo de acción específico que supera los límites de la dialéctica, por mejor decir: el ámbito del saber práctico de la política. En efecto, la racionalidad retórica funciona respecto de aquellos asuntos prácticos que están sujetos a deliberación, dado que la ocurrencia de aquellas cosas sobre las que se delibera depende de los seres humanos. Además, el estudio del discurso retórico no solamente aborda la persuasión a través del *lógos*, sino que también reconoce el rol de otros mecanismos de persuasión como las pasiones del auditorio y el carácter del orador, aunque estos no sean el centro del arte relativo a la capacidad de discernir lo persuasivo. Finalmente, la operatividad del discurso retórico ocurre en un contexto

específico relacionado con el orador que debe hacer uso de la palabra para persuadir a un auditorio colectivo. Dadas estas circunstancias, la retórica aristotélica adquiere un matiz específico que la hace ser no solamente una ramificación *–paraphués–* de la dialéctica, sino una rama del saber práctico de la política.

CONCLUSIONES

A pesar de que el estudio de la retórica no ha gozado generalmente de acogida entre los más insignes representantes de la historia de la filosofía, Aristóteles ha brindado un punto de vista favorable al discurso retórico. Más aún, la retórica aristotélica permite colegir un horizonte que parece hacer frente a las grandes objeciones propuestas tradicionalmente en contra de la retórica. De un lado, con respecto a la acusación de que la retórica carece de relevancia epistemológica al conformarse con la mera persuasión del interlocutor; de otro lado, en relación con el hecho de que se acuse al discurso retórico de estar frecuentemente inclinado hacia la injusticia y la manipulación de las personas. A propósito de la primera objeción, Aristóteles afirmaría que los asuntos de que se encarga la retórica están restringidos a las decisiones prácticas de los seres humanos, de modo que sobre estos temas no podría exigirse un grado de certeza más allá del que puede derivarse de las opiniones plausibles. Por consiguiente, el arte de la retórica no revela la existencia de un antagonismo entre formas superiores e inferiores de conocimiento, sino que traza la diferencia entre diversas aproximaciones al razonamiento: la enseñanza del conocimiento demostrativo y la construcción intersubjetiva del conocimiento no apodíctico. En atención a la segunda objeción, la opinión de Aristóteles permite asumir que la retórica no es solamente una herramienta al servicio del orador, habida cuenta de que, contrariamente, el análisis de los razonamientos retóricos sería también una herramienta teórica al servicio del hombre común para juzgar y de ser el caso censurar el uso viciado o injusto del discurso por parte del orador.

Así las cosas, la perspectiva que defiende Aristóteles parece ser un verdadero giro conceptual respecto de la noción de retórica que ha esbozado buena parte de la tradición filosófica

y literaria. Ahora bien, este contraste se hace patente por medio de la relación que Aristóteles establece entre la retórica y la dialéctica, así como mediante el vínculo que el Estagirita traza entre el arte de la retórica y el saber práctico de la política. Así pues, Aristóteles definiría a la retórica, por una parte, como la teoría sobre lo persuasivo que, al igual que la dialéctica, constituye un arte relacionado con el razonamiento cuyo fundamento radica en las opiniones plausibles de los seres humanos; mientras que, por otra parte, a diferencia de la dialéctica, la retórica aristotélica no se limitaría al estudio de los elementos racionales de persuasión, sino que también implicaría el análisis de elementos más allá del *lógos* en sí mismo, como las pasiones del auditorio y el carácter del orador.

En efecto, a diferencia de las aproximaciones contemporáneas a la retórica que parecen limitarse al estudio racional del discurso y a diferencia la retórica sofística que pareció circunscribirse a la simple exaltación de las pasiones, la retórica aristotélica abarcaría una más completa aproximación a la gama de mecanismos a tener en cuenta en la actividad persuasiva. En este mismo sentido, la retórica aristotélica desbordaría el campo de acción de la dialéctica en virtud de su vocación exclusivamente práctica, ya que los asuntos de que trata el discurso retórico están siempre relacionados con la esfera decisional de los seres humanos y no con cualquier clase de especulación en general. Por último, la retórica supondría la teorización de un fenómeno distinto al diálogo privado y conversacional propio del arte dialéctico, puesto que el discurso retórico es concebido con referencia al uso público y colectivo del lenguaje en su operación concreta. En este orden de ideas, aun cuando algunos autores puedan enumerar otras diferencias adicionales entre la retórica y la dialéctica en el contexto de la obra aristotélica, estas tres características constituyen los rasgos específicos de la retórica más allá de sus evidentes semejanzas con la dialéctica. Igualmente, estos aspectos acercan a la retórica más al saber práctico de la política que al arte de la dialéctica.

Así las cosas, al ser la retórica un híbrido entre la dialéctica y la política, la teoría del discurso persuasivo se erige también como una aproximación que puede brindar algunas pautas fundamentales frente al ejercicio de una de las actividades más humanas: la deliberación política. Si bien hay objetos cuya discusión puede darse por medio de razonamientos susceptibles de verdad y demostración científica, por una parte, lo cierto es que los asuntos de que trata la retórica y con ella la deliberación política descansan sobre opiniones meramente plausibles, puesto que su postulación corresponde a las opiniones de los seres humanos a propósito de los problemas de la vida práctica. En este sentido, los asuntos de que trata el saber práctico de la política no se relacionan con el conocimiento definitivo de lo justo o lo bueno, sino que su campo de acción se limita a las opiniones reputadas de los hombres en torno a lo que son los actos justos y buenos. De acuerdo a este punto de vista, los asuntos a decidir en el marco de la política se restringen a las opiniones humanas en torno a diversos temas bajo su control, en lugar de referirse a verdades trascendentes y universales por fuera del consenso humano.

Por otra parte, la retórica aristotélica permite asumir que el saber práctico de la política no puede estar circunscrito solamente al estudio del razonamiento humano, sino que también debe tener en cuenta aspectos más allá de la consistencia lógica de los razonamientos, como las pasiones y el carácter de los seres humanos. En efecto, aun cuando resulta evidente el rol que tienen los diversos elementos no discursivos en la actividad política, el hecho de que la retórica aristotélica tenga en cuenta la influencia de aspectos extra racionales sobre la deliberación resulta llamativo, ya que, por una parte, recoge una realidad irrefutable de la actividad de persuasión en el contexto de cualquier saber práctico y, por otra parte, postula una perspectiva más integral de los problemas prácticos a propósito del impacto de la deliberación racional sobre la acción humana.

Finalmente, la dimensión política de la retórica aristotélica sugeriría que toda teoría práctica, habida cuenta de que no se estructura sobre la base de demostraciones objetivas, tampoco puede darse únicamente en el marco del soliloquio reflexivo. Esto supone fundamentalmente que el saber práctico de la política consiste en una actividad discursiva que no tiene valor *per se*, en tanto no logre recoger las opiniones plausibles de otros seres humanos. Así pues, los asuntos de que trata el saber práctico de la política suponen el plantearse los problemas desde el punto de vista de los otros, de manera que la política correspondería a una actividad que se da únicamente en el contexto de la intersubjetividad. Así las cosas, al ser los razonamientos retóricos parte del universo de los argumentos no demostrativos, la deliberación política consiste en un proceso de discusión para la construcción de consensos sobre la base opiniones reputadas que justifican un cierto curso de acción.

Ahora bien, esta aproximación al concepto de retórica también permite entrever algunos problemas adicionales en relación con el alcance de los razonamientos retóricos en el marco de la vida práctica y la acción humana en materia política. Así, por ejemplo, es razonable preguntarse si, en efecto, deberían ser objeto de deliberación todos aquellos asuntos susceptibles de ser decididos bajo los parámetros de las opiniones reputadas entre los seres humanos. Mejor dicho, si algunos asuntos deberían considerarse por fuera de toda deliberación, pese a ser *prima facie* asuntos susceptibles de deliberación práctica al encontrarse en la esfera de las decisiones humanas. Dicha inquietud cobra relevancia contemporáneamente cuando se piensa en instituciones políticas, como el establecimiento de derechos humanos universales o la postulación de la democracia liberal a manera de forma ideal de gobierno, que se han venido constituyendo como asuntos que parecen intangibles o no susceptibles de deliberación a los ojos de muchos. Sin embargo, esta discusión supera los límites del problema propuesto a propósito del concepto de retórica en Aristóteles, siendo ésta el híbrido que oscila entre el arte de la dialéctica y el saber práctico de la política.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (1996) [1963] *Eichmann in Jerusalem*, United Kingdom: Penguin Classics.
- Aristófanes. (2007). Nubes. En Aristófanes, *Comedias II* (L. M. Aparicio, Trad.), Madrid: Gredos, pp. 7 - 115.
- Aristotle (2007) *On Rhetoric: A Theory of Civic Discourse*. (George A. Kennedy, trad. y ed.) 2da. ed., New York: Oxford University Press.
- Aristóteles. (1990). *Retórica*. [Ret.] (Quintín Racionero, Trad.) Madrid: Gredos.
- Aristóteles. (1982). *Tópicos*. [Tóp.] En Aristóteles, *Tratados de lógica (Órganon)* (Vol. I). (M. Candel Sanmartín, Trad.) Madrid: Gredos, pp. 79 - 307
- Aristóteles. (1985). *Ética Nicomáquea - Ética Eudemia*. (J. Palli Bonet, Trad.) Madrid: Gredos.
- Bermejo, L. (2009). La distinción aristotélica entre Lógica, Dialéctica y Retórica y su lugar en la Teoría de la Argumentación. *COGENCY*, 1(2), pp. 27 - 48.
- Berti, E. (2008) [1989] *Las razones de Aristóteles*, (Horacio Gianneschi & Maximiliano Monteverdi, Trads.) Filosofía Antigua, Buenos Aires: Oinos.
- Brunschwig, J. (1996). Aristotle Rhetoric as a "Counterpart" to Dialectic. En A. O. Rorty, J. Brunschwig, R. Wardy, M. F. Burnyeat, T. Engberg-Pedersen, T. H. Irwin, & A. O. Rorty (Ed.), *Essays on Aristotle's Rhetoric* (pp. 34 - 55). Berkeley: University of California Press.
- Copi, I. M., Cohen, C. & McMahon, K. (2010) *Introduction to Logic*, United States: Pearson Education.
- Dow, J. (2007) A Supposed Contradiction about Emotion-Arousal in Aristotle's Rhetoric. *Phronesis*, 52(4), pp. 382–402.
- Finley, M. I. (1962) Athenian Demagogues. *Past and Present*, 21(1), pp. 3–24.
- Finley, M. I. (1975) Platón y la praxis política. En Finley, M. I. *Aspectos de la antigüedad* (A. Pérez-Ramos Trad.), Barcelona: Ariel, pp. 100 - 118
- Gambra, J. M. & Oriol M. (2008) *Lógica aristotélica*. Madrid: Dykinson
- Gasché, R. (2010). *Un arte muy frágil: sobre la retórica de Aristóteles*. (P. Oyarzun, Ed., & R. González, Trad.) Santiago de Chile: Metales Pesados.
- Grimaldi, W. M. A (1980) *Aristotle, Rhetoric I: A commentary*, (I Vol.), New York: Fordham University Press.
- Guthrie, W. K. C. (1962) *A History of Greek Philosophy*. (I Vol.). Cambridge: Cambridge University Press.

- Guthrie, W. K. C. (1981) *A History of Greek Philosophy*. (VI Vol.). Cambridge: Cambridge University Press.
- Jaeger, W. (1946). [1923] *Aristóteles* (Octava reimpression). (J. Gaos, Trad.) México, D. F.: Fondo de Cultura Económico.
- Johnstone, C. (1980) An Aristotelian Trilogy: Ethics, Rhetoric, Politics, and the Search for Moral Truth. *Philosophy & Rhetoric*, 13(1), pp. 1 – 24.
- Kennedy (2007) The History of the Text after Aristotle. IN: Kennedy (Ed) *On Rhetoric: A Theory of Civic Discourse*, New York: Oxford University Press, pp. 306–311.
- Kitto, H. D. (2004). [1951] *Los griegos* (Décimo novena ed.). (D. L. Garasa, Trad.) Buenos Aires: Eudeba.
- Kuhn, T. S. (1970) *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago: University of Chicago Press.
- Liddell, H. G. y Scott, R. (1996) [1940] *A Greek-English Lexicon*. Décima Edición. Oxford: Oxford Clarendon Press.
- Mas Torres, S. (1994). El concepto aristotélico de ciencia y la dialéctica como práctica. *Endoxa: series filosóficas* (4), pp. 83 - 98.
- Nichols, M. P. (1987) Aristotle's Defense of Rhetoric. *The Journal of Politics*, 49(3), pp. 657–677.
- Perelman, C. (1997). [1977] *El imperio retórico: retórica y argumentación*. (A. L. Gómez Giraldo, Trad.) Santafé de Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Perelman, C., & Olbrechts-Tyteca, L. (1989). [1958] *Tratado de la argumentación: la nueva retórica*. (J. Sevilla Muñoz, Trad.) Madrid: Gredos.
- Platón (1983) Gorgias. [Gor.] En Platón, *Diálogos II* (pp. 7 - 145). Madrid: Gredos.
- Platón (1988) Fedro. [Fed.] En Platón, *Diálogos III* (pp. 289 - 413). Madrid: Gredos.
- Pernot, L. (2013) [2000]. *La retórica en Grecia y Roma*. (G. Ramírez Vidal, Ed., K. Castañeda Barrera, & O. Hernández Trujillo, Trads.) México, D. F.: UNAM.
- Rapp, C. (2009). The Nature and Goals of Rhetoric. En G. Anagnostopoulos, D. Keyt, R. Smith, M. Ferejohn, P. Crivelli, M. Wedin, G. Mathews, & G. Anagnostopoulos (Ed.), *A Companion to Aristotle*. Singapore: Wiley-Blackwell, pp. 579-576.
- Rapp, C. (2010) Aristotle's Rhetoric. *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Disponible en: <http://plato.stanford.edu/entries/aristotle-rhetoric/> [Consultado el 19/03/2016].
- Rorty, A. (2011) Aristotle on the Virtues of Rhetoric. *The Review of Metaphysics*, 64(4), pp. 715–733.
- Ross, D. (1995) [1923] *Aristotle*, (Sexta ed.) New York: Routledge.
- Sabine, G. H., (1994) [1937] *Historia de la teoría política*. (V. Herrero, Trad.) México, D. F.: Fondo de Cultura Económica

Smith, R. (2015) Aristotle's logic. *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Disponible en: [<http://plato.stanford.edu/entries/aristotle-logic/>] [Consultado el 22/03/2016].

Vega Reñón, L. (2012). Vindicación y elogio de la retórica. *Revista Iberoamericana de Argumentación*, (5), pp. 1 - 18.